EL TEATRO
MODERNO

ALFONSO VIDAL Y PLANAS.

SANTA ISABEL DE CERES

AGAPITO GARCÍA
ENCUADERNADOR
Conde de Almodovar, 2
VALENCIA

EL TEATRO
MODERNO
AÑO III 9 julio 1927 NÚM. 96

Alfonso Vidal y Planas

SANTA ISABEL DE CERES

TRAGEDIA POPULAR EN CINCO ACTOS

Estrenada en el Teatro de Eslava, de Madrid, el día 7 de enero de 1922

PRENSA MODERNA
MADRID

LA NOVELA PASIONAL

APARECE LOS SABADOS
Novelas cortas de los mejores escritores galantes. 50 CTS.

EL TEATRO

APARECE LOS SABADOS
Los más grandes éxitos de los mejores autores. 50 CTS.

FRU-FRU

APARECE LOS JUEVES
Novelitas eróticas de los más prestigiosos escritores. 30 CTS.

COLECCION IMPERIO

NOVELAS DE AMOR
Sugestivos originales. Primorosa edición. 3 PTAS

PRENSA MODERNA
APARTADO 8.012
MADRID

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

862.8
T257
nos. 96-100

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabel...	*Josefina Santaularia.*
La Romántica...	*Isabel Barrón.*
La Loca de la risa pinchante	*Rafaela Sotorres.*
La Encarna...	
El Ama Tuerta...	*Ana María Quijada.*
La Lectora...	*Milagros Leal.*
Matilde...	*Helena Cortesina.*
Luisita...	*Ofelia Cortesina.*
Trini "la Pequeña"...	*Mercedes Galcerán.*
Vieja de los gritos...	*López Romero.*
La Antonia...	*María Teresa Manduit.*
Mujer de la derecha...	*López Romero.*
Idem de la izquierda...	*María Corona.*
Pupila 1.ª...	*Amalia Raure.*
Idem 2.ª...	*Natividad Giménez.*
Una vieja...	*López Romero.*
Doncella...	*Paquita Sánchez.*
León...	*Ramón Martori.*
Abel de la Cruz...	*Manolo Collado.*
Papá de la señorita Sagrario... ...	*Carlos Martínez Baena.*
El Niño de Vélez...	*Pereda.*
El Juez...	*Ricardo de la Vega.*
Empleado de la Cárcel...	*Castillo Olivares.*
Alguacil...	*Gabaldón.*
Periodista...	*Crespo.*
Don Damián...	*Pérez de León.*
Un flamenco...	*Vázquez.*
El Cantaor...	*Ballesteros.*
Un recluso...	*Pérez de León.*
El señor Paco...	
Señorito 1.º...	*Gabaldón.*
Idem 2.º...	*Crespo.*
Idem 3.º...	*Olivares.*
Secretario...	*Vázquez.*

PALABRAS DEL AUTOR

EN TELON BLANCO, CON LETRAS MUY CLARAS:

NO TEMA:

YO, SEÑOR, SOY BUENO
Y HE DE HABLARLE EN
NOMBRE DE LA JUSTICIA,
DE LA CARIDAD Y DEL
AMOR...

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/santaisabeldece9610vida_0

ACTO PRIMERO

TITULO: NOCHE DE JUERGA

Sala lujosa, con muebles lindos y cómodos; grandes espejos a manera de cuadros, distribuidos convenientemente por las paredes pintadas o empapeladas de rosa; ricas alfombras, mesitas frágiles con centros artísticos; butacas, una "chaise-longue"... Puertas practicables a los lados; al fondo, balcón entreabierto. Del techo pende un gran foco apagado. Las dos y media o las tres de la madrugada.

ESCENA I

La Encarna, Tres señoritos. Después *Luisita, Lola (Isabel), La Romántica, María Teresa, Matilde* y *Trini "la Pequeña".*

(Golpean escandalosamente la puerta de la izquierda por dentro. La Encarna, gruesa y opulenta, sale por la de la derecha, y atraviesa la sala oscura para abrir. Abre y entran los tres señoritos, que están borrachos y tropiezan contra los muebles.)

LA ENC. Esperad que encienda... ¡Cuidao, hombres!

SEÑ. 1.° No se ve gota.

LA ENC. ¿Quién tropieza? ¡Ojo con romperme na! *(Enciende. La sala queda espléndidamente iluminada.)*

SEÑ. 2.° *(Adelantándose hacia la Encarna.)* ¡La cabeza tuya!

SEÑ. 3.° *(Propinando un empujón al señorito 2.°)* No empieces, tú... *(El señorito empujado cae sobre la "chaise-longue" y se abandona voluntario.)*

LA ENC. *(Al señorito 2.°)* ¡Mira que tiés mal vino! *(A los tres.)* Bueno, ¿qué?...

SEÑ. 2.° ¡A ver; que salgan las esclavas!
LA ENC. ¡Mira ése! Aquí no hay esclavas...
SEÑ. 2.° ¿Ah, no? Bueno, pues entonces ¡¡que salgan!!
SEÑ. 3.° *(A la Encarna, que va hacia la puerta de la derecha.)* Tienes que dispensar un poco, ¿eh? Venimos algo borrachos.
LA ENC. Ya lo noté. ¡Bah!, la juventú... Hay que atraparla bien, porque si no... la juventú es una liebre que se escapa... *(Gritando hacia el interior de la casa.)* ¡¡¡Niñas!!!
SEÑ. 1.° *(A los otros.)* Esta señora es filósofa...
SEÑ. 3.° Sabe más que Sócrates...
SEÑ. 2.° *(A la Encarna.)* Oye, ¿me quieres ilustrar un poco acerca de la Psicología? Porque me catearon en junio, y creo que ahora, en los exámenes de septiembre, voy a correr la misma suerte...
LA ENC. Puedes burlarte de mí, si es antojo. *(Sentenciosa.)* La vida es corta, pero muy ancha, y el que tié dinero puede revolcarse a su gusto... ¿Te hago yo gracia? Pues dispón de mí; pero págame...
SEÑ. 2.° Toma. *(Le da cien pesetas.)*
LA ENC. ¡Cien pesetas! *(Con toda el alma.)* ¡¡¡Rumboso!!!
SEÑ. 2.° Las gano a patadas. Doy así, en el suelo, y estalla un volcán de duros.
LA ENC. Oye, ¿tú a qué te dedicas?
SEÑ. 1.° *(A la Encarna.)* A cosechar calabazas en junio...
SEÑ. 3.° Y en septiembre...
LA ENC. No; digo que ¿qué oficio tienes?
SEÑ. 2.° *(Con gravedad cómica.)* El de hijo de exportador... Papá, con la guerra, ha ganado treinta millones...
LA ENC. *(Mirando hacia la puerta.)* Pero ¿y esas ninas? ¡Ah! ¡ya vienen! *(A las señoritas que entran.)* Pasad, hijas... *(Luisita, Isabel, la Romántica, María-Teresa, Matilde y Trini la Pequeña visten con elegancia. Después de saludar con una leve inclinación de cabeza a los señori-*

tos se sientan en las butacas y en la "chaise-longue", al lado de ellos.)

SEÑ. 1.° *(A ellas.)* ¿Queréis venir a la Cuesta de las Perdices?

TODAS. ¡Huy, qué bien! Sí, sí... ¡A la Cuesta! ¡Qué gusto!

SEÑ. 3.° Pero todas, no... El automóvil tiene seis asientos no más... *(Al señorito 1.°)* Tú, elige a una. *(Al señorito 2.°)* Y tú a otra. *(A Luisa.)* ¿Cómo te llamas, nena?

LUISI. Luisita.

SEÑ. 3.° Serías más guapa si te llamaras como mi novia: Carmen. ¿Por qué no te llamas Carmen?

LUISI. Si tú me lo exiges...

SEÑ. 3.° Bueno; me gustas mucho. Tú vienes a la Cuesta conmigo.

SEÑ. 2.° *(A Trini la Pequeño.)* Oye, bombonciito, ¿qué gracia tienes?

TRINI. ¿Me preguntas por el nombre?

SEÑ. 2.° Eso, eso...

TRINI. Trinidad la Pequeña.

SEÑ. 2.° Embustera. ¡Mira que llamarse Trinidad! No puede ser.

TRINI. ¿Por qué no puede ser?

SEÑ. 2.° Porque tú no puedes llamarte como mi madre. ¿Qué te has creído? ¡Vamos, que te rompo el alma!

LA ENC. *(Interviniendo.)* Deja ahora de acordarte de tu pobre madrecita. Aunque no tengo el gusto de conocerla me consta que es una santa.

SEÑ. 1.° *(A Matilde.)* Eres muy guapa. Dí, nena, ¿te gusta esta vida que llevas?

MATIL. Querrás decir la vida que me lleva... A nosotras nos lleva la vida... *(Pausa.)* Y yo, por mi parte, me dejo llevar, resignada. ¡Qué voy a hacer!

AMA. Bueno, ¿qué determináis?

SEÑ. 1.° Irnos a la Cuesta de las Perdices con tres de estas criaturas.

MATIL. Eso es... ¡Vámonos de juerga! ¡Viva la juerga!

(Al señorito 1.º) ¡Anda, guapo, cógete de mi brazo!

LA ENC. ¿Y vosotros?

SEÑ. 2.º Yo me llevo a ésta.

SEÑ. 3.º Y yo a ésta. *(Van a salir, por la puerta de la derecha, cogidos del brazo como parejas de novios.)*

SEÑ. 1.º Andando.

LA ENC. Id con Dios, y que os divirtáis. La vida es corta, pero muy ancha. *(Dice lo último gritando, al hacer mutis los otros.)*

ESCENA II

La Encarna, Lola (Isabel), María-Teresa, La Romántica, León, Abel de la Cruz, Don Damián y un *Flamenco.*

(Entran, al mismo tiempo que salen las tres parejas, Abel de la Cruz, con chalina y con sombrero amplio, redondo y negro; León, vestido con limpia pobreza; don Damián, el flamenco, que trae una guitarra debajo del brazo, y el cantaor. Al cruzarse ambos grupos se saludan con ceremoniosidad grotesca.)

LA ENC. *(Con satisfacción.)* ¡El pobre Abel de la Cruz! ¡Hola, hijito! ¿Me traes la novela que me prometiste?

ABEL. Se me ha olvidado; pero te traigo a don Damián, que sabe gastar los dineros...

DAMIA. *(Risueñamente.)* Sé gastarlos, y me place mucho cuando es, así como ahora, con artistas de talento, tales que el poeta Abel y el pintor León, y con mujercitas amables.

LEON. *(Exaltado y bronco.)* Amables y honradas, como éstas.

LOLA. ¿Nosotras? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

LA ROM. Tiene razón este joven. ¿Por qué no somos honradas nosotras?

LEON. Yo tengo razón siempre.

DAMIA. Siempre que estás borracho, como ahora.

ABEL. Es que nosotros, señor don Damián, estamos borrachos siempre: borrachos de exaltación, de entusiasmos encendidos y quemantes como las copas del aguardiente malo, y de bravos fervores.

DAMIA. *(Moviendo la cabeza.)* ¡Pobres diablos! *(A la Encarna.)* Tráenos unas botellitas de Montilla.

LA ENC. Sentaos. *(León se sienta en la "chaise-longue", al lado de la Lola (Isabel.)*

ABEL. *(A la Encarna, que se dispone a salir para traer las botellas.)* Espera... *(Le coge una mano y se la ofrece a don Damián, con estas palabras.)* Acérquese usted, señor, y estreche la mano gordezuela y noble de mi providencial Providencia, en las ocasiones negras y descorazonadas como cuervos... *(Don Damián toma la mano de la Encarna.)* Esta señora, señor, me consiente, me permite, me tolera, que yo me tumbe a dormir en ese precioso, mullido y cómodo sofá

en las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento,
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,

que dijo aquél, mi camarada de infortunios y de romanticismos, que se llamó en vida Gustavo Adolfo Bécquer...

DAMIA. Mucho gusto, señora.

LA ENC. Bueno, ¿voy a buscar las botellas? *(Dice esto mientras se limpia las lágrimas con el pañuelo.)*

ABEL. *(Solemne.)* ¡Espera! Ahora irás a buscar las botellas... Y este señor, señora *(Por don Damián.)*, aunque se llama don Damián, se llama don Mecenas. ¿Me entiendes?

LA ENC. No, hijo...

ABEL. Bueno, pues entonces vete a buscar las botellas... *(Sale la Encarna. El flamenco y el cantaor se sientan como con fatiga de juerga. Don*

Damián y Abel, formando pareja con María Teresa y la Romántica, se sientan a su alrededor. León, que ha estado departiendo como un novio con la Lola (Isabel), se saca del bolsillo interior de la americana un bloc de papel para dibujos y un enorme lápiz.)

LEON. *(A Lola (Isabel.)* Tienes mucho interés en esa cara. Por los huecos hondos de tus grandes ojos negrísimos se te está fugando el alma. Quiero cogerla... Estate quieta, que te voy a hacer un dibujo...

LOLA. ¡Qué bien! *(Posándose, reclinada sobre la "chaise-longue".)* Me pondré así para no cansarme.

LEON. Como estés más cómoda... *(Empieza a dibujar.)*

DAMIA. ¡Estoy encantado!..

FLAME. *(Por el cantaor. Afanoso de complacer a don Damián.)* ¡Qué! ¿La zuerta ya, zeñó?

DAMIA. ¿Qué es lo que quieres que suelte?

FLAME. ¡Eza copliya! Digo.

DAMIA. ¡¡Venga ya!! *(Entra la Encarna con una bandeja llena de vasos y dos botellas, que descorcha y reparte, mientras el flamenco y el cantaor lanzan la copla.)*

CANTA. *(Cantando al compás de una guitarra.)*

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!...
Mi mare se está muriendo;
mi pare ya se murió...
¡¡Mardita sea la suerte,
la suerte perra que tengo yo!!...

TODOS. ¡Muy bien!

M.-TER. ¡Venga otra!

FLAME. *(A don Damián.)* ¿Qué eztilo quié el zeñó?

DAMIA. El estilo que os dé la gana... Oye, cantad aquella tan bonita que lanzasteis en Los Gabrieles, la del huerfanito y la corona de espinas...

FLAME. ¡Ah, zí!

LA ENC. *(Ofreciendo vino.)* Pero bebed...

DAMIA. Dale a León. *(A León.)* ¿Qué estás haciendo, hombre? ¡Déjate de dibujos, y bebe!

LEON. *(Poniéndose de pie, con la copa en una mano y el dibujo en la otra.)* Estaba persiguiendo una mariposa, como en los días lejanos de mi niñez. ¡Ya la he cogido! Ya la he cogido y clavado aquí, en este papel, como con un alfiler... La mariposa es el alma fugitiva y errante de esta mujer... ¡Mirad! *(Muestra el dibujo.)*

TODOS. *(Menos don Damián.)* ¡A ver! ¡A ver!

ABEL. Este dibujo es genial.

ELLAS. ¡Qué bonito!

ABEL. Eres grande, León, y llevas en el alma como un saco de tesoros inapreciables. Yo te juro que triunfarás.

LEON. *(Seguro.)* Y yo también lo juro. Triunfaré porque mi voluntad es un puñal bien templado e irrompible, y fuerte mi brazo. Yo clavaré en la vida, como en una roca, el puñal de mi voluntad.

DAMIA. *(A León.)* Cuando estás borracho, dices cosas muy bonitas. Bebe.

FLAME. ¡Qué! ¿La zuelta ya, zeñó?

LA ENC. ¡Sí, hombre, que la suelte ya!

FLAME. Con uzté, zeñora, no va na... Uzté, zeñora, cumpla zu oficio, como zervidó cumple el zuyo... ¡Digo!

LA ENC. *(Malhumorada.)* Pues no dice usted na, pero que na, so melancólico, so llorón, porque aquí quien manda y puede decir es el señor, que tiene voz de mando, vulgo pasta.

FLAME. ¡Interezá!

DAMIA. ¡Rivalidades, no! ¡Ea! ¡Que suelte la segunda!

CANTA. *(Cantando, al compás de su guitarra.)*

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Porque soy un huerfanito
la traidora ni me mira.
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Si yo fuera rey de moros
la traidora me querría...

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Aunque soy un huerfanito
llevo corona... ¡¡de espinas!!

ESCENA III

Dichos. El Niño de Vélez.

EL NIÑ. *(Desde la puerta.)* Señores, buenas noches. Perdón si falto. Soy el Niño de Vélez.

DAMIA. *(Todo alarmado.)* ¿Qué quiere usted?

EL NIÑ. Con usted, nada. La educación aconseja respetar a los viejos. *(Cruzándose de brazos y señalando a Lola (Isabel) con la cabeza.)* ¡Es con ésa!

LA ENC. *(Avanzando hacia el Niño.)* ¡Vete! ¡Canalla! *(El Niño la empuja con violencia y la lanza sobre el flamenco, cuya guitarra se hace añicos.)*

FLAME: *(Melodramático.)* ¡¡Mi guitarra rota!! ¡¡¡Pan de miz hijoz!!! *(León y Abel de la Cruz se ponen de pie. Los otros les imitan. Lola (Isabel) se aferra fuertemente a las espaldas de León.)*

EL NIÑ. *(Cínico y burlón.)* ¡No pasa nada! *(Quedo, pero con más cinismo.)* Repito que no pasa nada. Lo dice el Niño de Vélez... *(A Lola (Isabel.)* ¡¡Tú!! *(La llama con la mano.)*

LOLA. *(Avanzando hacia él con terror, como hipnotizada.)* ¡¡Niño!! ¡¡¡No me pegues!!!

LEON. *(Sujetándola y tirándola hacia atrás.)* ¡¡¡No sales!!! *(Al Niño.)* ¡Pasa!...

EL NIÑ. Voy... *(Adelanta unos pasos, temerario, sobre León, el cual, atlético, lo apresa entre los brazos, lo levanta y lo arroja con coraje contra la puerta. El Niño, vencido, se revuelve en el suelo.)*

EL NIÑ. Ha sido a traición. ¡Cobarde!

LEON. *(Avanzando hacia él, con ánimo de seguir agrediéndole.)* ¡¡¡Calla, chulo miserable!!! ¡¡¡Ahora verás!!!

LOLA. *(Sujetando a León.)* ¡¡No le hagas daño!!

LEON. *(Enérgico.)* ¡¡Déjame!! *(La Lola coge por el cuello una botella y se interpone, brava, entre el Niño y León, que sigue avanzando.)*

LOLA. *(Amenazando.)* Te he dicho que no le hagas daño... *(El Niño se incorpora con rapidez, sujeta por un brazo a Lola (Isabel) y se la echa atrás.)*

EL NIÑ. *(Desde la puerta, sacando una navaja.)* ¡¡He dicho que no pasa nada!!... Y si ha pasado, lo lamento. Estas mujeres son muy ingratas. Es tonto el que las defienda. Yo las conozco bien... Buenas noches, señores. ¡Ah! Perdón si he faltao. Servidor, el Niño de Vélez. *(Mutis del Niño y de Lola (Isabel).*

ESCENA IV

Dichos menos el *Niño* y *Lola (Isabel).*

LA ENC. *(Furiosa.)* ¡Granuja! ¡Ladrón! Te he de sacar los ojos... *(A los reunidos.)* Es un miserable que vive de las mujeres. Yo creo que las hipnotiza. No quiero que entre en mi casa, pero él entra... Es un criminal que estuvo en Figueras por lesiones, y un bandido que penó en Ocaña...

DAMIA. Bueno, vámonos de aquí.

LEON. *(Triste.)* Sí, vámonos, vámonos. Este ambiente me hace daño, este aire tiene como uñas que se me hincan aquí, en el corazón. ¡¡Vámonos!! *(Se disponen a salir.)*

FLAME. *(Arrodillándose ante don Damián.)* ¡Zeñó!

DAMIA. ¡Déjame! *(Le tira cien pesetas.)* Toma.

FLAME. *(Llorando.)* ¡Que Dio ze lo pague!

ABEL. *(A la Encarna.)* Ese maldito Niño me ha estropeado la noche. ¿Me permites que pernocte ahí? *(Indica el sofá.)*

LA ENC. Pernota.

ABEL. *(A don Damián y León.)* Yo me quedo. *(Mutis de todos, menos de Abel de la Cruz y la Romántica.)*

ESCENA V

ABEL. *(Tumbándose en el sofá.)*
"Me voy haciendo viejo y el corazón se seca...
¡Oh, qué sed más horrible!... Y mi dulce Rebeca
¡¡no llega todavía!!
Rodarán otros años, atropelladamente;
surcarán más arrugas el campo de mi frente;
ya declina mi día...
¡¡Oh, mi sed de jayán en las tardes de siega!!
¡Y Rebeca no llega! ¡¡Mi Rebeca no llega!!...
Con ansiedad rabiosa
el corazón, sediento,
la espera... ¿Llegará?
En mis desiertos rugen los leones del viento:
¡Uh-uh-áh!... ¡Uh-uh-aaán!...
¡¡Y parece que dicen: No vendrá... No vendrá!!"

Bueno, nena; tú estarás fatigada seguramente, ¿verdad que tienes mucho sueño?

LA ROM. No.

ABEL. ¡Ah! Conque ¿no tienes sueño? Pues yo sí, preciosa.

LA ROM. Quiero estar contigo.

ABEL. Lo siento porque te vas a aburrir. Se me cierran los ojos... Mira, acuéstate, que hace sueño.

LA ROM. Tú duerme, y yo me estaré a tu lado, sin decirte nada. No te molestaré.

ABEL. Creo que tengo pitillos... *(Se busca tabaco en los bolsillos y no lo encuentra.)* Pues, no; no tengo pitillos. ¡Sí que es raro!

LA ROM. Yo tengo egipcios en mi cuarto. Voy por ellos. *(Sale corriendo.)*

ABEL. *(Monólogo.)* Esta pobrecita Romántica se ha enamorado de mí; la compadezco por gratitud, porque, la verdad, yo soy un partido muy mediano... No podría darle ni cañamones. ¡Pobre canario, si fuera mío! Bueno, pero le daría pétalos de rosa; pétalos de esta magnífica rosa de fuego que llevo aquí, en este hueco del pe-

cho, donde la gente se coloca ese raro mueble llamado corazón... ¡Claro que con pétalos de rosa no lo pasaría bien del todo, porque los pétalos son poco alimenticios!

LA ROM. *(Entrando gozosa y dándole pitillos.)* ¡Toma! *(Abel de la Cruz enciende uno y se guarda los otros.)*

ABEL. ¡Tabaco egipcio! ¡Tabaco elegante! Pero no sabe a nada. ¡Bah!, lo bueno no tiene sabor, lo bueno es insignificante, lo bueno me aburre...

LA ROM. Entonces yo te gusto, porque no soy buena...

ABEL. Me gusta lo fuerte, lo bravo, lo que se clava, lo que quema. No me gusta lo bueno; me gusta lo mejor...

LA ROM. Y a mí me gusta oírte decir esas cosas tan bonitas que sólo tú dices, y estar a tu lado, y mirarte...

ABEL. Pero yo tengo mucho sueño. Déjame dormir. Hace tres noches que no duermo.

LA ROM. Duerme. Mira, yo me pondré así *(Se reclina sobre sus hombros)*, y me estaré muy callada. Duerme. *(Abel de la Cruz se queda dormido. Silencio. La Romántica rompe a llorar. El sueño de Abel de la Cruz es profundo, pesado, y los gemidos de la angustiada mujer no le despiertan. La Romántica, fatigada por el llorro, se rinde también al sueño, apoyada sobre el pobre Abel de la Cruz.)*

ESCENA VI

Dichos y *Encarna*. Después *León*.

LA ENC. *(Atravesando la sala para apagar la luz.)* ¡Perra vida! Y menos mal que una sabe conducirse, que si no... *(Fijándose en Abel de la Cruz y en la Romántica.)* ¡Pobres! Bueno, la verdad es que yo tengo un corazón que no me lo merezco. No lo puedo evitar, pero ese desdichado me da pena. Dicen que tiene talento... ¡Pa lo

que le sirve! *(Apaga la luz. Por el balcón entreabierto penetran en la sala las primeras luces del amanecer.)* Ya está amaneciendo. *(Abre el balcón de par en par.)* ¡Madrugada fresquita! Ahí dentro no se puede parar de calor. Aquí, cerquita del balcón, se está muy bien. *(Se sienta.)*

LEON. *(Entrando resuelto, cerrados los puños con iracundia.)* ¡Eh!

LA ENC. *(Levantándose y saliéndole al encuentro.)* ¿Qué quieres? ¡No grites!

LEON. *(Bronco.)* Quiero ver a la Lola. ¡Lo exijo! Tráemela. Y si está con ese miserable que la explota, déjame que vaya a buscarla. No le estrangulé antes a ese chulo porque no quería dar un escándalo en presencia de don Damián; pero yo no puedo consentir...

LA ENC. *(Interrumpiéndole.)* No sigas si no quieres. La Lola está disponible. El Niño de Vélez consiguió lo que quería, dinero, y la dejó. ¿Quieres que la llame?

LEON. Llámala.

LA ENC. Pues voy. *(Se dirige a la puerta. Desde la puerta, a voces, hacia el interior de la casa.)* ¡Lola, baja! *(Vuelve hacia León.)* Ahora viene.

LEON. Déjame solo con ella.

LA ENC. *(Al irse, fijándose en Abel de la Cruz y en la Romántica.)* ¿Quieres que eche a éstos?

LEON. Están durmiendo. Déjalos.

ESCENA VII

León, Lola (Isabel), Abel de la Cruz y la Romántica.

LOLA. *(Entrando.)* ¡Hola! ¿Eres tú? *(Mutis de la Encarna.)*

LEON. ¿Y ese hombre?

LOLA. ¿Qué hombre?

LEON. El Niño de Vélez.

LOLA. *(Toda temblorosa.)* No me hables, por Dios,

de ese hombre. Le odio. Ha embrujado mi alma. Le tengo un miedo horrible. ¡Por Dios, no me hables de él! *(Se echa a llorar.)*

LEON. Pero tú le defendiste. Si me descuido, me tiras una botella a la cabeza porque quise librarte de él. Eres una mujer mala...

LOLA. Perdóname. Es verdad: soy una mujer muy mala, pero yo no tengo la culpa. La tienen los hombres, que han envenenado mi vida. La tiene él, que me da maleficio. Hazme tú buena, León, y haré bondades, que yo no quiero vivir así. Hazme tú buena, León.

LEON. *(Conduciéndola a una butaca e invitándola a sentarse.)* Siéntate. *(Isabel se sienta. León se acomoda a su lado, en un brazo del mueble, y la enlaza por el cuello amorosamente.)* ¿Cómo te llamas?

LOLA. Lola es mi nombre de guerra. Pero me llamo Isabel. Te lo digo como una prueba de confianza.

LEON. ¡Pobre Isabel!

LOLA. Me aburre mucho la vida. Yo me mataré, León. *(Se va haciendo de día.)*

LEON. No digas eso.

LOLA. He sufrido mucho. He sufrido mucho... No podía resistir el dolor y hundí mi corazón en el vicio, enterré mi vida en la charca para no sufrir. Oye, León...

LEON. *(Besándola en la cabeza.)* Dí... No llores. Yo seré tu confesor. Cuéntame. ¿Quieres?

LOLA. Sí... Recuerdo el colegio, con sus claros patios, con sus altos muros, con sus monjitas dulces y santas... Mamá, mi mamaíta de mi alma, me llevó a él, porque papá, que era comandante, había muerto, y ella quedaba pobre... Las monjas me querían y me daban estampitas, porque yo era buena y aplicada... Un día me vistieron de luto y me llenaron la cara de besos muy fuertes. Es que mamá se había muerto.

ABEL. *(Soñando a voces, desde la "chaise longue".)* ¡Yo tengo una rosa de fuego para mi novia!

¡Mujeres, mirad mi rosa! Tiene forma de corazón...

LOLA. *(Asustada.)* Tengo miedo...

LEON. Es el pobre Abel de la Cruz que está soñando a voces. No tiembles... Sigue.

ABEL. ¡¡Que me quema la rosa!! ¡¡¡Cogedla, que me quema!!!

LOLA. *(Continuando el relato, temblorosa.)* Y me fui haciendo mayor. ¡Era yo más guapa entonces!... Y tonta, de puro buena. Las monjas, que velaban por mí como madres, me sacaron, ya crecidita, del colegio, y me colocaron de mecanógrafa en la casa de comercio de un señor muy cristiano, que me llamaba hija, y que me obligaba a trabajar mucho, de día en los quehaceres comerciales, y de noche en los domésticos. Tenía este señor un hijo mozo y estudiante. Me pidió el corazón y se lo di... y con el corazón, todo, hasta la honra, porque mi alma ingenua se columpiaba gratamente en las promesas de amor del muchacho, guapo y pasional. Yo era feliz... Hasta que un día el padre, enterado de todo, encerró al chico en un correccional, y a mí me echó a la calle. Escribí entonces a las monjitas, contándoles lo que me ocurría y pidiéndoles perdón y amparo. La carta llevaba más lágrimas que letras. Obtuve contestación rápida a la lista de Correos. ¡Con qué gozo abrí la misiva! Pero las monjas me decían que rezaban por mí, pidiendo a Dios que me tornase a los buenos caminos. ¡Que rezaban por mí! Rezaban por mí como por una muerta. Yo era una muerta realmente, porque habían muerto dentro de mí todas mis ilusiones. El corazón se me secaba de tristeza... Seguí vagando por esas calles, despeinada, sucia, famélica, en busca de una colocación que no encontraba nunca, porque en todas partes me exigían lo mismo: certificado de buena conducta. Una noche los agentes me confundieron con una mujer mala y me encerraron en un calabozo,

entre cínicas desventuradas de Ceres, Tudescos y Jacometrezo. Al otro día se me obligó a sufrir un reconocimiento y a recibir un papel, que estrujé y rompí, en el que se hacía constar que yo estaba buena. ¡La vergüenza que pasé con todas estas cosas! ¡Qué modo de llorar, de gritar, de protestar, tirándome al suelo y arañándome la cara! ¡Pero era inútil! Los agentes se reían de mí, incrédulos, creyéndome una farsanta, y me amenazaban con llevarme a la cárcel, de quincena, si seguía "haciendo comedias". Otro día—¡qué horror!—un señorito...

ADEL. *(Tosiendo y soñando.)* No es sangre lo que escupo. Son pétalos de esta magnífica rosa que llevo en el pecho y que no veis...

LEON. *(A Isabel.)* Continúa. No tengas miedo...

LOLA. Un señorito que me seguía, se me acercó en un cruce de calles solitarias y me hizo una proposición hórrida. Yo temblé primero, y después rompí a llorar. El señorito me pidió mil perdones y se mostró galante conmigo. Entonces, yo le abrí mi alma, contándole toda mi desgracia. El señorito me escuchaba muy atento. En los dedos de la mano le brillaban las sortijas... Le imploré: "Si usted es bueno, búsqueme una colocación; Dios se lo pagará." El señorito me indicó que le siguiese, y me llevó a una casa. Nos recibió una señora que se doblaba en saludos y reverencias. Yo iba muy contenta, porque el señorito me dijo que me colocaría allí, de mecanógrafa. De pronto, me encontré sola con él en una habitación muy íntima. Me di cuenta del engaño. Grité con todas mis fuerzas, pero no vino nadie a socorrerme. Aquel canalla me daba un asco atroz. Me lancé de cabeza contra la puerta, para huír, pero la puerta estaba cerrada. Me puse a golpearla ciegamente, desesperadamente. De mis dedos rotos, de mis uñas destrozadas brotaba la sangre. El canalla se reía, cruzado de brazos, detrás de mí, y de-

cía sólo: "¡No saldrás! ¡No saldrás!" Me arrojé sobre él, para morderle; pero... ¡No quiero recordarlo! Como si me hubiese caído encima la techumbre del piso, me sentí apiastada, muerta, por una bárbara lluvia de golpes, y triturada como una peña mi voluntad, fuí toda de él... Y en aquella casa siniestra rodé, rodé hasta los fondos más hondos y apagados de este pozo en que estoy metida... ¡León! *(Voces desde dentro: "¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi alma!")*

LOLA. ¡Ah!

LEON. No tengas miedo: estoy a tu lado. ¡No tiembles nunca a mi lado! *(Se ponen de pie. La Romántica se despierta al ruido de las voces que siguen atronando la casa, y zarandea con sobresalto a Abel de la Cruz.)*

LA ROM. ¡Abel! ¡Abel!

ABEL. *(Adormilado.)* ¡Déjame dormir! ¡Hace tres noches que no duermo! *(Las voces suenan más bronceamente: "Hija de mi alma!" La Romántica se abraza con fuerza a Abel de la Cruz.)*

ESCENA VIII

Dichos, La Encarna, La Vieja de los gritos, *Matilde.*

VIEJA. *(Entrando, sostenida en brazos por la Encarna.)* ¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi alma! *(No cesa de llorar y gritar hasta el final del acto.)*

LEON. *(A la Encarna.)* ¿Qué pasa?

LA ENC. Que os cuente ésta. *(Por Matilde.)*

MATIL. *(Llorando, cogida con terror a las faldas de la Encarna.)* Que los señoritos que nos llevaron a la Cuesta estaban borrachos, y nos tiraron, para reír y divertirse, del automóvil a toda marcha. Y yo y la Luisita salimos sin daño, pero Trini la Pequeña, que era hija de esta pobre mujer *(Por la vieja.)*, quedó muerta en la carretera... Por eso llora.

VIEJA. *(Arañándose la cara.)* ¡Hija de mi alma!

LOLA. ¡Sácame de aquí, León! ¡Sácame de aquí! Yo seré buena otra vez, como cuando era niña y estaba con las monjas.

VIEJA. ¡Hija de mi alma! *(León se dirige hacia la puerta. Pregón en la calle: "¡Parcial, Liberal, A B C!")*

LOLA. *(Arrodillándose delante de León y abrazándose a sus rodillas.)* ¡No te vayas! ¡No me dejes aquí!

LEON. *(Enérgico.)* No tengo dinero. Soy un hampón. Pero voy a buscarlo ¡¡Volveré!!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

TITULO: ABEL, VISIONARIO

Sala de los Juzgados. Al lado izquierdo, una gran mesa, sobre la que se amontonan diferentes legajos de causas criminales; y, haciendo como de centro, un Crucifijo manuable. A la derecha, un largo banco de madera, respaldado. Puerta practicable, cerrada comúnmente, al fondo.

ESCENA I

Alguacil y *Abel de la Cruz.*

(Se abre por fuera la puerta.)

ALGUA. *(Entrando detrás de Abel de la Cruz y cerrando otra vez la puerta.)* Pa que luego no diga usté que nosotros no sabemos distinguir. Le enjaulo aquí, en la sala del señor juez de guardia, porque usté no es un delincuente vulgar, y no quiero que las pase negras ahí bajo, en los

calabozos comunes, entre ladrones y asesinos. ¡Qué! ¿Me porto?

ABEL. Muy bien.

ALGUA. Yo me llamo Antonio González y Pérez.

ABEL. Muy bien.

ALGUA. Pero apúntelo usté.

ABEL. ¿Para qué?

ALGUA. ¡Toma! Pa que no se le olvide.

ABEL. Pero ¿qué interes tiene usted en que no se me olvide su nombre?

ALGUA. ¡Otra! ¿No va usté a poner en los papeles cuando salga de estos enredos, si es que sale, que la Justicia se ha portao bien con usté? Pues la Justicia es, en este caso, servidor, que se llama Antonio González y Pérez. Pa que conste.

ABEL. Comprendo, comprendo. No se me olvidará su nombre. Tengo buena memoria.

ALGUA. Bueno, usté puede sentarse ahí, en ese banco, o donde guste, hasta que venga el juez y le interrogue. Yo, con su permiso, voy a dejar esto en condiciones. *(Saca un plumero de uno de los cajones bajos de la mesa y se pone a limpiar la escribanía y el Crucifijo.)*

ABEL. *(Fijándose en el Crucifijo.)* ¡Hola, mi egregio amigo!

ALGUA. ¿Qué dice usté?

ABEL. A usted nada. Es a Cristo...

ALGUA. ¿A Cristo? *(Aparte.)* Este hombre está mochales. *(A Abel de la Cruz.)* Y ¿qué le dice usté a Cristo?

ABEL. Le llamo mi egregio amigo.

ALGUA. ¡Ja, ja, ja!...

ABEL. ¡Oh! Usted es un necio. Ríase, ríase. ¿Qué me importa que usted se ría? Un alguacil no tiene importancia para quien es, como yo soy, amigo particular de Jesucristo en persona.

ALGUA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia! ¡Hombre, usté está loco!...

ABEL. *(Enérgico, tuteándole.)* ¡¡No te rías!! Oye, bárbaro...

ALGUA. *(Serio, sumiso, trémulo, como dominado por la*

mirada hipnótica de Abel de la Cruz.) ¡¿Qué?! ¡¡Dice usté las cosas de un modo!! No me mire así, que me dan ganas de taparme los ojos pa no verle. Tiene usté demonios ahí dentro. *(Refiriéndose a los ojos de Abel de la Cruz.)*

ABEL. *(Avanza hacia la mesa solemne y encendido; toma el Crucifijo con las dos manos y lo levanta con imponente y sacerdotal unción de iluminado. Exaltado, pero con voz serena y ademanes graves, entona el himno siguiente a Jesús.)* ¡Jesús de Galilea, hijo de padre humilde y carpintero, y de madre buena como mi madre! El de los brazos abiertos en hambre furiosa de abrazar corazones; esposo casto y calenturiento de todas las bellas y puras inquietudes desmelenadas; el del costado manante, fuente perenne, inagotable fuente de cubos, que riega las almas... ¡Dulce, bueno, divino Jesús! ¡Alfiler precioso de cegadores brillantes que los ex hombres del andrajo y del piojo lucen en las sedas del espíritu, sedas irrasgables, sedas perdurables, sedas blandas y hermosas como la paz que Tú predicaste...! Capa de púrpura; manto de emperador, recamado de preciosa pedrería; ancha, fuerte, confortante túnica en las espaldas corvas de las desnudas víctimas tiritantes... ¡¡Glorioso, bello Jesús!! Beso-estrella de paz en corazones encarcelados y gemebundos. Beso-estrella de vida en esperanzas apagadas, muertas. ¡¡Beso-estrella de amor en frentes de rameras y en pechos de hampones!! ¡¡¡Jesús, egregio, alto, único amigo de los que sufrimos terriblemente, porque la vida, exangüe de sangre tuya, anémica de sentido tuyo y de doctrina tuya, nos aplasta como el pie de un monstruo, y nuestros corazones mártires saltan, rojos y enteros, y estallan como cohetes de rosas, en honor tuyo!!! ¡¡Jesús de Galilea, que me llamaste hermano, toma mis besos!! *(Besa al Crucifijo. Desde fuera golpean la puerta con violen-*

cia. Abel de la Cruz deja el Crucifijo sobre la mesa. El Alguacil corre a abrir. Abel de la Cruz se sienta en el banco.)

ALGUA. *(Abriendo.)* ¡Va, hombre! ¡Va!

ESCENA II

Dichos, Juez y Secretario.

JUEZ. *(Entrando, seguido del Secretario.)* ¿Es usted sordo?... ¿Quién es ése? *(Por Abel de la Cruz.)*

ALGUA. Un detenido político.

JUEZ. Puede usted retirarse. *(Mutis del Alguacil. El Juez se sienta delante de la mesa y el Secretario a un extremo. A Abel de la Cruz.)* ¿Cómo se llama usted? ¡Póngase de pie! Acérquese.

ABEL. *(Acercándose.)* Abel de la Cruz. *(El Juez examina los legajos de causas criminales, entresaca uno y lo estudia ligeramente. Después se lo entrega al Secretario, el cual lo abre por las últimas páginas y se dispone a escribir.)*

JUEZ. Está usted reclamado por escándalo público.

ABEL. No recuerdo haberlo promovido jamás.

JUEZ. Se le acusa a usted de que recorre los sitios públicos escandalizando a las turbas ignorantes con blasfemias como ésta, por ejemplo, que han oído los testigos: usted dice que oyó maldecir a Jesús.

ABEL. Que lo oí, no; digo que le vi maldecir. Porque no maldecía con palabras, sino con los brazos, así... *(Los mueve furiosamente. El Secretario no cesa de escribir.)*

JUEZ. Eso que usted dice es una blasfemia horrorosa.

ABEL. Los Evangelios también dicen que Jesús maldecía, señor juez, y los Evangelios son santos. Cuando Jesús echaba del templo de su Padre a los mercaderes ladrones, a latigazos, Jesús maldecía. Cuando Jesús llamaba a los escribas y fariseos "sepulcros blanqueados, hermosos por

fuera y llenos de podredumbre por dentro", Jesús maldecía. Y cuando Jesús afirmaba: "Es más difícil que entre un rico en el reino de los Cielos que un camello por el ojo de una aguja", Jesús maldecía... ¿Por qué he blasfemado, señor juez? Yo le juro que he visto maldecir a Cristo!

JUEZ. Usted es un loco, o un visionario...

ABEL. *(Interrumpiéndole.)* Yo no soy más que un hampón millonario. Mi pecho es arca de fervores que tiro, que derrocho generosamente. Como, porque me dan pan de limosna las almas buenas, y vivo y gozo, porque me dan pan de amor las pobres mujeres malas... Jesucristo me guarda consideraciones y maldice delante de mí... Una vez...

JUEZ. ¡A ver, hombre! Cuente, cuente usted... Es gracioso.

ABEL. Fué en la cárcel. Yo estaba allí por no recuerdo qué delito político, mejor dicho, sentimental. Asesinaron de terror a un niño de nueve años metiéndole en una de esas celdas siniestras que erizan de espanto los velludos pechos de los más duros y empedernidos criminales. La pobre criatura pedía perdón a gritos, durante la noche: "¡Que me come la rata, mamaíta!" "¡Ya no lo haré más! ¡Sácame de aquí!"—clamaba el pobre niño, roto, despedazado, deshecho en cintajos de consternación horrenda. Y los carceleros, quietos, sin moverse. Y las férreas puertas de la celda no se abrían, no se partían de compasión... Luego, silencio. Después, el toque de diana. Los cerrojos que rechinan, como refunfuñando, al abrirse las celdas. ¡¡El niño estaba muerto!!... Y Cristo, que presidía las galerías hondas desde su cruz; Cristo el que había dicho. "Dejad que los niños se acerquen a mí", Cristo en imagen maldecía, moviendo en el aire con rabia santa los puños desclavados. ¡Yo vi el milagro! ¡Yo! ¡Yo!

JUEZ. *(Colérico.)* ¡Calle! ¡Calle! Le declaro procesa-

do por escándalo público. Puede sentarse. *(Abel de la Cruz se sienta extenuado en el banco. El Juez hace sonar un timbre que habrá sobre la mesa.)*

ALGUA. *(Entrando, desde cerca de la puerta.)* Señor.

JUEZ. Que suba otro detenido.

ALGUA. Señor, el director me encargó que le dijese a usía que pasase a verle antes de interrogar al detenido que ha de comparecer ahora.

JUEZ. *(Levantándose y disponiéndose a salir.)* Está muy bien. Que entre el detenido, mientras tanto, y que espere ahí.

ALGUA. Señor. *(Mutis del Alguacil. Después, mutis del Juez. El Secretario continúa escribiendo. Interrumpe el trabajo para sacar pitillos.)*

SECRE. *(Ofreciendo un pitillo a Abel de la Cruz, que se levanta para aceptarlo y vuelve a sentarse.)* Tenga un pitillo.

ABEL. Gracias. *(El Secretario vuelve a escribir, incesante, laborioso, probo.)*

ESCENA III

Abel de la Cruz, Secretario, León, Alguacil.

ALGUA. *(Desde la puerta, entrando y trayendo casi a rastras a León.)* ¡Vamos, hombre! *(Que no soy pedilla de arrastre. Le empuja con desesperación y lo tira sobre el banco.)* ¿No sabe usté andar?

LEON. *(Dolorido.)* No puedo. Me duele todo, hasta la vida. Estoy como roto a palizas.

ALGUA. ¡Aquí no se pega a nadie!

ABEL. *(Mirando a León con asombro.)* ¡León!

LEON. *(También muy asombrado, al oír al Alguacil que refunfuña: "Aquí no se pega a nadie".)* ¡Hombre, Abel!

ALGUA. *(Sacudiendo a León.)* ¿No oye lo que le digo? Aquí no se pega a nadie.

LEON. Aquí, no lo sé; pero en otro sitio sí... *(Mutis*

(El Alguacil. A Abel.) ¡Cuánto me alegra encontrarte! ¿Es que eres amigo de éstos? ¿Es que sabías lo que me ha ocurrido? *(Implorante.)* ¡Haz por mí todo lo que puedas! Te guardaré gratitud eterna.

ABEL. *(Impotente.)* No puedo hacer nada por ti. Soy un detenido como tú. Desde aquí me llevarán a la cárcel. Cuéntame: ¿qué te ha pasado?

LEON. *(Llorando.)* Ya ves: lloro como un chiquillo grandullón. ¡La vergüenza que me da! Es mi bloque de infortunios horribles que se derrite en llanto. Me ocurre una cosa espantosa...

ABEL. Cuéntamela.

LEON. Necesitaba dinero. ¿Tú conoces a Isabel?

ABEL. ¿Qué Isabel?

LEON. Isabel, "la Lola", esa desventurada que está en casa de la Encarna...

ABEL. ¡Ah, sí, hombre!

LEON. Yo la quiero. Me da no sé qué decirlo: es una mujer de mala vida, mujer de todos .. Pero la quiero. Quizá sea por... lástima. ¡La pobre ha sufrido mucho! La noche aquella de la juerga me contó su vida, y... ¡vamos, que la tomé cariño! En el corazón la llevo metida, y sus manos se cogen a mi alma tan fuertemente, que, si la empujo, siento un daño atroz, así como si me arrancasen la vida.

ABEL. ¡Qué bueno eres, amigo León! Sigue.

LEON. Aquella misma noche, la desventurada se tiró al suelo y, abrazándose a mis rodillas, no me quería dejar salir. "¡Sácame de esta casa mala!"—me imploraba—. "¡Llévame contigo y seré buena!"—me prometía... Le juré que volvería a buscarla, y salí. Era para redimirla, era para hacerla buena y dichosa, por lo que yo necesitaba dinero. Sin dinero no se hace nada, no se tiene nada: ni casa, ni amor, ni talento, ni dignidad. Lo busqué en todas partes y por todos los medios lícitos. Se lo pedí a don Damián, nuestro Mecenas, ofreciéndole, a cambio de la cantidad que necesitaba, pintarle un re-

trato al óleo. Me habló de sus muchos gastos y me dió un duro. Visité a varios aristócratas para solicitar de ellos que me encargasen y pagasen un cuadro. ¡Lo que me costó hacerme recibir! Pero como no me conocían, ni personal ni artísticamente, apenas se dignaron oírme. ¡Qué tres días! Hasta que ayer... ¡Oh! Tuve una idea brava. Me pasó por la imaginación, y...

ABEL. Cálmate. ¿Qué hiciste?

LEON. *(Rápido.)* Subí a una casa de juego clandestina y con unos duros que tenía me puse a jugar, dispuesto a ganar a la fuerza, por las bravas, o como fuese, a los malditos tahures, que se lucran y enriquecen explotando el más perjudicial, el más odioso, el más reprobable de los vicios, a espaldas de la ley. Los perdí al instante, y, entonces, masculinamente, exigí a esa gentuza maleante y tramposa que ha infestado los hogares santos de calamidades, que todos los días encharca honras en la delincuencia y en el deshonor y que hunde en la desesperación a tantos hombres buenos y a tantas mujeres inocentes, exigí a esa gentuza, digo, las dos mil pesetas que me hacían falta... Me las dieron sin gran resistencia. Apreté los billetes con avaricia y corrí a buscar a Isabel, a sacarla de esa maldita casa en que está, a llevármela. Iba loco de alegría por esas calles. El alma se me escapaba, y llamaba a la puerta del burdel con impaciencia, y decía a voces: "¡Ven, Isabel! ¡Sal de ahí, y enróscate a mi corazón como una caricia!..." Pero de pronto, sentí que una mano de hierro me sujetaba por el hombro. Intenté defenderme: ¡fué en vano! Detrás de mí había unos hombres que me apuntaban con revólveres. "¡Alto a la autoridad!"—me gritó uno. Y me entregué. Me maniataron primero, me registraron después, me quitaron las dos mil pesetas, me llevaron no sé adónde, me encerraron en un calabozo, donde otros hombres infatigables me apalearon brutalmente, hasta dejarme

sin sentido, y, por fin, me trajeron a esta casa.

ABEL. Lo que me has contado es horrible.

LEON. Pero aquí me harán justicia, ¿verdad? Tendrán en cuenta los nobles móviles que me arrastraron a la delincuencia. Yo no soy un ladrón; tú lo sabes. Yo soy un artista.

ABEL. No tengas miedo: no puede pasarte nada. ¿Dices que cogiste esas dos mil pesetas en una casa de juego clandestina? Pues si se toma en cuenta tu delito, debe también tomarse en cuenta el de los tahures, que juegan a los prohibidos a espaldas de la ley.

LEON. Quizá tomen en cuenta los dos delitos.

ABEL. ¡Infeliz! La misma ley vela por la impunidad de aquellos que la infringen. Lo sabe todo el reino.

LEON. ¿Entonces crees que no me harán nada, que me soltarán, que podré ver a la pobre Isabel dentro de unas horas?

ABEL. Eso creo... Aunque me extraña que hayan pasado tu asunto al Juzgado. Mira, lo mejor es que te pongas elocuente delante del juez y que logres conmoverle. Tu caso es muy sentimental. Cuéntaselo, tirándole el alma. Llora. Arrodíllate, si es preciso. *(Pausa.)* Silencio. Ya está aquí.

ESCENA IV

Juez, Secretario, Abel de la Cruz, León.

JUEZ. *(Sentándose. A León.)* ¿Usted es León?

LEON. Servidor.

JUEZ. Acérquese.

LEON. Yo, señor juez, no soy ladrón. Soy artista.

JUEZ. *(Fingiendo extrañeza.)* Pero, hombre, ¿qué tonterías está usted diciendo?

LEON. Tonterías, no, señor juez. La verdad. Que no soy un ladrón, que si quité a unos tahures las dos mil pesetas, fué porque las necesitaba para redimir a una mujer.

JUEZ. Me sé la comedia de memoria.

LEON. *(Desconcertado.)* ¿Qué comedia?

JUEZ. No se esfuerce usted en fingirse loco, que no ha de valerle. *(Toma otro de los legajos y se lo entrega al Secretario, el cual le abre y se pone a escribir en él.)* Usted iba anoche borracho y promoviendo escándalo por esas calles. Unos agentes de la autoridad le amonestaron, y usted les ofendió gravemente de palabra y les agredió de obra. ¿No es esto?

ABEL. *(Aparte.)* Le acusan de un delito que no ha cometido.

LEON. *(Desolado.)* ¡¡Qué infamia!!

JUEZ. *(Colérico, bramante.)* ¿Ha dicho usted infamia? *(Golpea un timbre. Entra el Alguacil.)* ¿Infamia ha dicho usted? ¡A ver! ¡A ése! *(Le sujeta con violencia el Alguacil.)*

ABEL. *(Señalando al Crucifijo. Con agudos y pinchantes gritos de espanto.)* ¡Eh! ¡Eeh!... *(Cae de rodillas.)* ¡¡Todos de rodillas!!

JUEZ. *(Horrorizado.)* ¿Qué pasa?,

ABEL. Cristo, que hace así. *(Blande los puños en alto con furia.)* ¡Mirad! ¡Mirad! ¡¡Yo lo veo!! ¡¡De rodillas todos!!...

TELÓN

ACTO TERCERO

TITULO: MALEFICIO

Exterior de la sala de locutorios de la Cárcel. Largos bancos salientes de las paredes a la derecha y a la izquierda. En el fondo, doble muro de rejas. Estrechas puertas practicables a los lados.

ESCENA I

Abel de la Cruz y un *Recluso-ordenanza*. Al final, un *Empleado*.

(Abel de la Cruz se pasea, ensimismado, lento y taciturno. El recluso, que hace de fámulo, barre. La puerta de la derecha, por la que se sale de la Cárcel, está cerrada con fuertes cerrojos. Las de la izquierda, una de las cuales sirve de acceso a la galería de políticos, están sólo entornadas.)

ABEL. *(Con lírica exaltación doliente.)*
Se mofa de mi facha grotesca, de mendigo,
igual que fuego fatuo una luz inquietante;
cuando de ella me alejo, me persigue, anhelante
y se aleja, se aleja, cuando yo la persigo...
(El recluso cesa de barrer para escuchar a Abel de la Cruz)
¡Esa luz!... ¡¡Con qué rabia la increpo y la [maldigo!!
Mas ella ríe siempre, guiñadora, triunfante,
igual que diabólica risotada brillante...
¿Qué misterios extraños lleva esa luz consigo?
¡Se muere de tristeza mi pobre corazón!
¡A veces me tortura la desesperación!...
¡¡Misericordia, hermanos!!
(Iluminado)
¡Esa luz! ¡¡Esa luz!!...
¡Las muecas dardeantes y brujas de sus brillos
hieren mis magras carnes lo mismo que cu- [chillos!...

(Abriendo en cruz los brazos.)
¡¡¡Yo sufro casi tanto como Cristo en la Cruz!!!

R.-ORD. Lo último que ha dicho usté, compañero, no me convence.

ABEL. *(Desdeñoso.)* ¡Tú qué sabes!

R.-ORD. Sé, compañero, que no tié usté motivos pa quejarse. ¡Si fuera yo! Usté tié ahí *(Señala la puerta que da a políticos.)* una celda que paece talmente el cuarto de un hotel. Anda usté libre, sin que le estorben, por toa la Cárcel, de arriba abajo, de un lao a otro; ahora mismo está usté aquí, en la parte de fuera de la sala de comunicaciones, onde la gente de la calle se acomoda. Eso es como no estar preso. ¡Digo yo!

ABEL. Tú también estás aquí, y no eres preso político.

R.-ORD. Estoy aquí pa barrer. Y puedo dar gracias al director, que tuvo la amabilidad de elevarme al cargo de ordenanza. *(Pausa. Echa una maliciosa mirada a la puerta que da a la calle.)* Pa dos meses que me restan de condena, no voy a hacer una locura. Ni aunque me abrieran esa puerta de par en par...

ABEL. ¿Dos meses te faltan no más?

R.-ORD. ¿Cómo no más? Dos meses menos tres días. ¿Le parece a usté poco? ¡Cincuenta y siete días justos! ¡Mil trescientas sesenta y ocho horas! ¡Ochenta y dos mil ochenta minutos!

ABEL. Estás bien enterado. Se conoce que sabes de cuentas.

R.-ORD. ¡Quiá! Las echo con un lápiz en la pared, así: cada día tié veinticuatro horas, ¿no? Pues voy y apunto veinticuatro veces cincuenta y siete, y luego cuento toos los palotes y por cada uno vuelvo a escribir sesenta más, y voy y los vuelvo a contar...

ABEL. ¿Te costará mucho trabajo?

R.-ORD. ¡Bah! Me entretengo. ¿Qué voy a hacer?

EMPLE. *(Entrando por la izquierda. Al recluso.)* Tú date prisa, que son cerca de las once, y la gente

que viene a comunicar debe de estar asándose de calor ahí fuera al sol... *(El recluso barre con mansedumbre y precipitación.)* Anda, hombre, coge esa basura... Ya está bien, deja eso... coge la basura, te digo. Anda ya... *(Mutis apresurado del recluso y entra inmediato de Abel de la Cruz.)*

ABEL. *(Al Empleado.)* Por mí no le preguntará a usted nadie... *(Mutis de Abel de la Cruz por la puerta de políticos. El Empleado abre con estrépito de cerrojos refanfuñantes la puerta de la derecha. Después toca dos fuertes palmadas y grita: "¡Pasen los que esperen!" Entran tres mujeruca: una de ellas con dos niños. Se sientan en los bancos ellas; los niños, en el suelo para jugar a la taba. El Empleado toma asiento en una silla, colocada por él mismo en el centro de la sala, se saca del bolsillo un periódico y se pone a leer.)*

ESCENA II

Mujer de la derecha, Mujer de la izquierda, la Loca de la risa pinchante, *Empleado* de la cárcel, dos *Niños*.

EMPLE. Pasen los que esperen.

M. DER. *(Sentada en el banco de la parte derecha.)* ¡Uf, qué calor! Esto hierve como una olla.

EMPLE. Pues más hacía fuera.

M. IZQ. *(Sentada en el banco de enfrente.)* Nos cocíamos como patatas...

EMPLE. Por eso les hice pasar. Aún no es la hora... Faltan unos minutos.

LA LOC. *(Sentada al lado de la mujer de la izquierda.)* ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!... *(Cuando cesa de reír se pone siniestramente seria.)*

M. DER. *(A la mujer de la izquierda.)* Lo que es en Madrí, no se pué pasar por el verano... Quema el calorazo infernal que hace. *(Entran por la derecha dos mujeres más y se sientan.)*

M. IZQ. *(Con muy mal humor.)* Donde no se pué parar a ninguna hora es en este maldito mundo: que este maldito mundo es así como una especie de horno requemavidas de los desdichaos. Nos han metío en él como leños, y todo es arder, y consumirse, y chisporrotear...

LA LOC. ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

M. DER. ¡Que lo diga usté, señora! ¡Que lo diga usté!

M. IZQ. No semos na; tiraos en los rincones estamos siempre, como el combustible. Y vienen, y nos cogen, y nos meten, y nos pegan fuego...

LA LOC. ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

M. IZQ. *(A la Loca.)* Ya me está usted fastidiando con esa risita. ¡Jesús! Si paece que tié vidrios... Pincha.

LA LOC. *(Atacada.)* ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!...

M. DER. *(A la mujer de la izquierda. Aparte.)* Tié usté que disimular. La pobre está... *(Se toca una sien con el dedo, dando a entender que la mujer que se ríe está loca.)*

EMPLE. *(Sentado en una silla, en el centro. Suelta enojado el periódico que leía, se pone de pie y se encara con la Loca.)* ¡Haga usted el favor de no alborotar! Todos los días me llena usted la sala ésta como de vidrios cascados, que se me clavan en las sienes. *(La Loca sigue riendo con escándalo.)* ¡Haga el favor! ¡Ea, esto es intolerable! Si sigue usted riéndose le prohibo comunicar con su hijo. *(La Loca cesa de reír y mira a todos y a todas partes con desorbitados ojos de espanto.)* Si está usted loca, que la encierren... ¡Pues sí! *(El Empleado vuelve a sentarse y continúa la lectura del periódico.)*

M. DER. *(A la de la izquierda.)* Y diga, señora, si no es indiscreción: ¿a quién viene usté a ver?

M. IZQ. Al papanatas de mi marido, que está ahí dentro por na: por una pequeñez... *(Pausa.)* ¡Pena que les produce a algunos el que las celdas ésas estén deshabitadas! Que les saquen de ahí, si es que pué ser, y que las pongan en la calle con un letrero que diga: "Se alquilan gratis", y verá

usté qué pronto se llenan de gente que no tié na, ni casa ni dónde caerse muerta... *(Entran más mujeres y dos hombres, todos los cuales toman asiento en los bancos.)*

M. DER. ¡Que lo diga usté, señora! ¡Que lo diga usté! *(Pausa.)* Y diga, si no es indiscreción: ¿qué hizo su marido?

M. IZQ. *(Señalando a los dos chicos que juegan a la taba en el suelo.)* ¡Condenaos!

M. DER. Na; digo, si no es indiscreción, ¿eh?, que por qué delito está aquí...

M. IZQ. *(Furiosa.)* ¿A usté qué le importa? ¡Vaya! *(Se ponen a discutir.)*

ESCENA III

Dichos, la Romántica. Después, *Isabel.*

LA ROM. *(Entrando, al Empleado.)* ¿Tiene usted la bondad de decirme por dónde se va al pabellón de presos políticos?

EMPLE. *(Levantando del periódico la cabeza.)* ¿A quién viene usted a ver?

LA ROM. A Abel de la Cruz.

EMPLE. *(Señalando la puerta de la izquierda.)* Por esa puerta... Le dará usted una alegría... *(Entra por la derecha Lola (Isabel).*

LOLA. *(A la Romántica.)* ¡Mujer! *(Se abrazan y besan.)*

LA ROM. ¡¡Dichosos los ojos que te ven!! Desde que nos abandonaste, sin decirnos ni adiós, no hemos vuelto a saber de ti. ¡Estás monísima! Se conoce que te va muy bien...

LOLA. Regular. Pero estoy contenta. Creo que muy pronto empezaré a ser feliz...

LA ROM. ¡¡Dichosa tú!! Yo hablo de la felicidad como hablaría un mendigo de un millón de pesetas. Existe, eso sí, y yo la veo, y extiendo los brazos así, ansiosamente, para cogerla; ¡pero está

tan alta, tan distante! Es la luna, que mis pueriles afanes pretenden alcanzar...

LOLA. ¡Siempre romántica! *(Pausa.)* Oye, ¿y a quién vienes a ver?

LA ROM. Al pobre Abel de la Cruz. Hasta ayer no supe que está preso. Me lo dijeron unos amigos suyos...

LOLA. ¡Bien pocos debe de tener, porque nunca ha venido ninguno a verle!

LA ROM. ¿Cómo lo sabes tú? ¿Es que vienes aquí con frecuencia?

LOLA. Todos los días, desde hace ya tres meses. No he faltado uno.

LA ROM. Y ¿a quién vienes a ver?

LOLA. A mi novio.

LA ROM. Pero ¿está preso tu novio? Pues no hace aún ocho días que estuvo en casa de la Encarna preguntando por ti. Y antes había estado cien veces más. Te buscaba por todas partes como un desesperado. Me extraña que esté preso...

LOLA. *(Con terrible inquietud.)* Pero tú ¿a quién te refieres?

LA ROM. *(Con naturalidad.)* ¡Toma! ¿A quién voy a referirme? A tu novio: al Niño de Vélez...

LOLA. *(Con terror.)* ¡¡Por Dios no lo vuelvas a nombrar!! Tiene maleficio para mí ese nombre. El otro día también me lo mentaron y sufrí un disgusto muy serio. Me pasaron cosas muy desagradables... *(Pausa.)* Ese canalla no es ya mi novio.

LA ROM. ¡Pues bien que le querías!

LOLA. *(Exaltada.)* Yo no sé si le quería o si le aborrecía. Lo cierto es que si me lo nombran o si me lo imagino, siento así como si alguien me echase las manos al cuello y apretase y me sacase toda la vida por la boca.

LA ROM. ¡¡Qué atrocidad!!

LOLA. Me tenía cogida, agarrada como unas zarpas. Pude escapar de él y... ¡vamos, que a veces, por huir de su recuerdo, siento ganas de quitarme la vida! ¡¡El daño que me hace su pensa-

miento!! Es como un escorpión que llevo hincado en la frente...

LA ROM Pues él te busca y jura que cuando te encuentre...

LOLA. *(Suplicante.)* ¡¡Calla, por Dios!! ¡¡Calla!! Por lo que tú más quieras.

LA ROM. Perdóname, mujer. No sabía... *(Pausa.)* ¿Y quién es ahora tu novio? ¿Le conozco yo?

LOLA. Sí que le conoces. El pintor León; aquel que me hizo este dibujo. *(Saca el dibujo de entre el pecho y la blusa y se lo enseña.)*

LA ROM. ¡Ah, sí! ¿Y está preso? ¿Qué hizo?

LOLA. Quererme como yo no merecía; portarse conmigo como nadie se ha portado nunca. Tirar de mí con fuerza y sacarme del pozo en que vivía metida y soltarme y dejarme en unos caminos muy nobles. Es muy largo de contar...

LA ROM. Pero por lo que me has dicho no se mete a nadie en la cárcel.

LOLA. Es que... Mira: Como él era muy pobre y no podía darme nada que valiese dinero, me dió primeramente su alma y su libertad después... Pero ya te dije que es muy largo de contar lo sucedido...

LA ROM. Pero si no tiene dinero...

LOLA. *(Con el alma.)* Ni un céntimo. Pero ganará todo lo que quiera, porque tiene mucho talento. Es un gran pintor. Yo no entiendo gran cosa de pintura, pero creo en él con los ojos cerrados... Aunque todo eso para mí es lo de menos. Lo único que quiero es... que sea dichoso, ¡feliz!, que triunfe, que viva..., que la tierra sea un cielo para él. ¡Así le quiero yo de bien. ¡¡Yo no sé de qué modo le quiero!!... Y hoy estoy contenta porque le traigo una gran noticia.

LA ROM. ¿Cuál?

LOLA. Que mañana probablemente le pondrán en libertad. No sabes lo que he trabajado por conseguirlo; cerca de tres meses llevo buscando recomendaciones y atando influencias. Hasta que

hoy, el abogado que le designé yo misma, me ha asegurado que mañana saldrá. ¡¡Estoy más contenta!!

LA ROM. ¿Y piensas irte a vivir con él?

LOLA. ¡Como que antes de entrar en esta sala subí a la Dirección de la Cárcel y dejé mil quinientas pesetas que pude reunir, tú ya puedes figurarte cómo, encargando que mañana, cuando salga León, se las den sin decirle quién las ha dejado! Claro que se lo figurará; pero... no es lo mismo. Mira, con ese dinero podremos alquilar un pisito modesto, comprar víveres para un mes o dos, y pinceles y lienzos y pinturas. Y él se pondrá a trabajar, que es lo único que quiere, y yo... *(Gozosa.)* yo estaré siempre a su lado, mirándole, queriéndole, aspirándole... *(Suena, ruidosa, una pequeña campana avisando la hora de la comunicación, que todos esperaban ansiosamente. El Empleado se pone de pie y da unas palmadas. La Loca de la risa pinchante se echa a reír y se abalanza, como las otras mujeres, sobre las rejas, abrazándose con avaricia a los barrotes.)*

LOLA. *(Impaciente y brincante.)* ¡Ay! ¡Ya! ¡Ya! Adiós... *(Va a ir hacia la reja.)*

LA ROM. Pero, mujer, despídete... *(Se besan con precipitación. Lola (Isabel) se dirige a comunicar, situándose en el centro del locutorio. La Romántica hace mutis por la puerta de la izquierda.)*

EMPLE. *(Reprendiendo a la Loca de la risa.)* ¿Ya tenemos la de siempre? ¡Haga usted el favor! *(Colérico.)* ¿No me oye? *(La Loca, atacada, no cesa de reír.)* ¡¡Esto es intolerable!! ¡¡Hala, fuera!! Le prohibo que comunique... *(Por el interior del locutorio aparecen los presos, que llegan en fila. El Empleado tira con violencia de la Loca.)*

LA LOC. *(Agarrándose con furia a los barrotes y señalando con trágicos movimientos de cabeza a uno*

de los presos.) ¡Aquél!... ¡Aquél! ¡Hijo! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

EMPLE. *(Consiguiendo arrancarla.)* ¡¡A la calle!!

LA LOC. *(Se tira al suelo y llora con llanto más siniestro que su risa.)* ¡No! ¡No! *(Se pone seria, sumisa. Los presos se han colocado ya, en silencio, detrás de la reja interior, y empieza la comunicación.)*

EMPLE. *(A la Loca, con indulgencia.)* ¡Ande usted, mujer, comunique, pero sin armar escándalos! ¡¡Que no la oiga!! *(La Loca se lanza a la reja y comunica con su hija. El Empleado traslada la silla al lado izquierdo, se sienta y reanuda la lectura del periódico.)*

LEON. *(A Lola (Isabel)* ¿No me engañas, Isabel? ¿Es verdad lo que me aseguras: que mañana saldré en libertad; que te tendré cerca de mí; que podré abrazarte, quererte, comerte?

LOLA. Te juro que es verdad, León.

LEON. ¡¡¡Qué buena eres, Isabel!!! Me arrancaría de cuajo el corazón y te lo tiraría, así, por entre estos barrotes odiosos que nos separan... ¡¡Como se tira una rosa!! *(Pausa.)* Pero no puedo tirártelo, porque no lo tengo yo. Tú me lo cogiste y lo guardas.

LOLA. Pero puedes tirarme el mío. ¡Tú sí que me cogiste el corazón! ¡Sin corazón no se puede vivir, y eso lo creo yo, porque, cuando estoy lejos de tu lado, cuando tú me faltas, me parece que me falta todo, que no vivo, que estoy más muerta que mi propio cadáver!...

LEON. Eso me pasa a mí, que tengo hambre de tu cariño...

LOLA. Y yo de todos los tuyos: quiero ser tu mujer, tu compañera, tu hermana pequeña y tu hermana mayor, todo al mismo tiempo. Quiero tu alma, tu pasión, tu mimo, tu ternura, tu alegría, tu dolor...

LEON. En mi vida ya no hay dolor. El dolor era un pajarraco muy negro, que graznaba siniestramente sobre mi cabeza. Mis días estaban como

apagados, y el pájaro lúgubre no se cansaba de volar y de chirriar igual que un murciélago entre los lutos de la noche. *(Entra por la derecha el Niño de Vélez, cauteloso.)* Pero llegaste tú y encendiste mis días, y el pajarraco negro huyó... *(Descubre la presencia del Niño de Vélez y lanza un grito tremendo.)* ¡Ah!

LOLA. *(Vuelve la cabeza, y al ver al Niño, que va lento y amenazador hacia ella, se tira de rodillas al suelo e implora.)* ¡No me hagas daño, Niño! ¡Ten lástima de mí!

LEON. *(Sacudiendo rabiosamente los barrotes.)* ¡Cobarde!

EL NIÑ. *(Hiriendo a Isabel en la cara con una navaja, antes de que pueda evitarlo el Empleado, que se dirige a él)* ¡Toma!

LOLA *(Tapándose la cara con las manos.)* ¡Ay! ¡Me ha cortado la cara! *(No cesa de llorar hasta el final del acto. El Empleado sujeta al Niño con la ayuda de los otros hombres. La Loca rompe a reír furiosamente.)*

EL NIÑ. *(Cínico.)* No es nada, señores... La he desfigurado un poquitín la cara para que se quede algo feilla y no pueda ganar dinero para otros. El Niño de Vélez me llaman...

LEON. *(Golpeando los barrotes con la cabeza.)* ¡¡Y que no pueda envenenarme bebiéndote la sangre!! ¡¡¡Dios!!!

TELÓN

ACTO CUARTO

TITULO: EL ALMA SUICIDA

Gabinete lujoso. Al fondo, mirador a la calle, abierto. Puertas practicables a los lados. Al levantarse el telón, Lola (Isabel) estará asomada al mirador. Se oye la música lejana de un organillo verbenero.

ESCENA I

Lola (Isabel) vendado el rostro. Después *León.*

LEON. *(Entrando y llamando.)* ¡Isabel!

LOLA. ¿Qué quieres?

LEON. ¿Qué haces, mujer?

LOLA. Estaba viendo la verbena. Ven. *(Acompañándole hasta el mirador.)* Fíjate... ¡Cómo está la calle! ¡Cuánta gente! *(Pausa.)*

LEON. Tanto ruido me aturde... Cierra ese mirador, ¿quieres? *(Isabel cierra el mirador y cesa el organillo. Pausa.)* Oye, Isabel, me da no sé qué verte con esa venda. ¿Por qué no te la quitas? Si ya estás curada, mujer...

LOLA. Si tú quieres, me la quitaré; pero no me gustaría que me vieses la cicatriz. Estoy muy fea...

LEON. ¡Bah! En fin, no te la quites... *(Pausa.)* Oye, Isabel, ¿no sabes?, los periódicos dicen lo del banquete. ¿Cuál quieres leer? ¿Este? Lo mismo da uno que otro. Toma. *(La entrega un periódico.)*

LOLA. ¡Ah, ya lo veo! ¡Qué bien! *(Leyendo en alta voz.)* "Con motivo del triunfo obtenido por el genial pintor León, autor de un maravilloso retrato, titulado "La señorita Sagrario", verdadero acierto definitivo que señala en la era actual del arte pictórico un nuevo e ignorado camino de elevadas y difíciles selecciones, numerosos amigos y admiradores de dicho artista

han acordado homenajearle con un banquete que se celebrará esta noche, a las diez, en el Palace Hotel." *(Palmoteante.)* ¡Huy! ¡Mira que se porta bien contigo el papá de la señorita Sagrario! Todo esto es cosa de él...

LEON. De él y mía. Porque si yo no pintara bien...

LOLA. ¡Claro! Si tú no fueras un artista muy grande, él no te protegería. Pero es muy bueno. *(Pausa.)* Oye, y al banquete, ¿irá mucha gente, no? ¡Qué bien! Y mujeres muy guapas que me tendrán envidia... ¡Bésame! *(León la besa en una mejilla.)* No; aquí, en la otra mejilla, en la rajada, en la fea...

LEON. *(Besándola.)* ¡Mujer, tonta! *(Pausa.)* ¿Estás contenta, Isabel?

LOLA. Sí.

LEON. *(Fervoroso)* ¡Quiero que estés siempre muy contenta! *(Pausa.)* Te lo debo todo; te lo debo todo. ¡¡Quiero que estés siempre muy contenta, Isabel!!

LOLA. No me digas que me lo debes todo. Nada me debes. ¡Yo a ti sí que te debo! Te debo la felicidad... ¿No me notas qué contenta estoy? Pero no me digas que me lo debes todo...

LEON. *(Entusiasmado.)* ¡¡Todo te lo debo!! ¿Por qué no he de decírtelo? *(Devoto.)* Aun no hace un año que salí de la cárcel, y ya podemos cantar tú y yo nuestra primera victoria, que es decisiva. Ceremonia con besos. ¡Dájame, mujer, que te bese! No; dame la otra mejilla, la rajada, la más mía de las dos tan mías... ¡Tú me has guiado y conducido como un ángel providencial y blanco; tú, que llevabas en las alas tanto barro!... Y he llegado gracias a ti... ¿Te duelen mis besos? ¡Te lo debo todo! ¡Te lo debo todo! *(Suena un timbre.)* ¡¡Quiero que seas la más dichosa de las mujeres!!

LOLA. ¡¡Si lo soy!! *(Pausa.)* Oye, no te entretengas, que a las diez tienes que estar en el Palace.

LEON. *(Mirando el reloj.)* Tengo tiempo de sobra: no son más que las nueve...

ESCENA II

León, Abel de la Cruz y *Periodista.*

LOLA. *(Jubilosa.)* ¡Abel! ¿Cuándo has salido de la cárcel?

ABEL. Hace ya unos meses...

LEON. *(Abrazándole.)* ¡Hola! ¡Y sin venir por aquí!

ABEL. Pero no me diréis que me olvido de vosotros. *(A León.)* Leí en la Prensa que te van a dar un banquete esta noche y aquí me tienes. ¿Cuánto cuesta el cubierto?

LEON. Quince pesetas. creo...

ABEL. *(Presentándole una mano.)* ¡Vengan! Yo no puedo faltar; no debo faltar... *(León le da el dinero, risueñamente.)*

PERIO. *(Sonriente.)* ¡Este Abel de la Cruz!

ABEL. *(Fijándose en el periodista y presentándole.)* ¡Ah! Te advierto, León hermano, que, aunque no tengo dinero, soy millonario en gratitudes: Te presento a este ilustre periodista, famoso confesor de vidas, que te hará una interviú y te dará mucha gloria...

LEON. Gracias, Abel.

PERIO. Yo siento por Abel de la Cruz una gran simpatía, y hago gustoso cuanto me pide. Es un gran muchacho: la figura más interesante de nuestro Madrid contemporáneo. El último bohemio...

ABEL. *(Al Periodista.)* Muy agradecido...

LOLA. *(A Abel de la Cruz.)* ¿Dónde vives ahora, Abel?

ABEL. Calle de Ceres, número cuatro. No os ofrezco la casa, porque... Porque es la más horrible de Madrid. Yo vivo en ella por dos motivos poderosos: porque me lo consiente la dueña, que es tuerta, aficionada a las lecturas y generosa, y porque tengo allí una novia fea, que se moriría de frío si yo no la abrigara un poco todos los días con mis ternuras heroicas...

LOLA. ¿Y la Romántica?

ABEL. Se la come la tierra: Murió en el hospital... *(Lola (Isabel) se limpia unas lágrimas.)*

LEON. No sales nunca de los burdeles...

ABEL. Ni vosotros, los que vivis en la buena vida, tampoco. La vida, toda la vida, la buena como la mala, no es más que un burdel, un gran burdel. Es imposible vivir sin manchaise... Cuando salgo a la calle, yo, señores, chapoteo...

PERIO. *(A León.)* Bueno, con permiso de Abel, ¿de qué modo conoció usted al millonario?

LEON. ¿A quién se refiere usted?

ABEL. Al padre de la señorita del retrato, hombre...

PERIO. Al que le protege a usted...

LEON. ¡Ah, pues verá usted! Le conocí... por casualidad.

LOLA. Providencialmente. Un día que llevó un cuadro a vender a cierta tienda de la calle del Prado, donde había ya vendido otros...

LEON. Sí. Y el amo de la tienda me dijo que fuera a ver inmediatamente a un señor que quería conocerme. Y fui. El señor era el millonario que dice usted: el padre de la señorita Sagrario. Me recibió con alegría y me dijo lo siguiente: "He comprado todos los cuadros que usted ha malvendido en la tienda de la calle del Prado. Entiendo bastante de pintura y soy un fervoroso admirador de usted. Quiero que pinte el retrato de mi hija. Ponga usted el alma en su trabajo y hará una obra genial. ¡Sin prisas! ¿Eh? Soy millonario y le pagaré muy bien... Tenga esto como anticipo." Y me entregó cinco mil pesetas.

PERIO. Es curioso. Es curioso. Y diga: ¿usted no había pintado antes otros retratos?

LOLA. *(Mostrando el dibujo que León le hizo en la mancebía.)* ¡Mire qué dibujo más bonito me hizo a mí!...

LEON. No vale nada, mujer.

PERIO. Es muy hermoso... Pero yo digo retratos al óleo.

LEON. No, señor; no había podido pintarlos porque,

antes de conocer a mi generoso bienhechor, no disponía de estudio: vivíamos ésta y yo en un piso modesto, oscuro, de los barrios bajos, y como, por otra parte, las imperiosas exigencias de la vida me obligaban a consagrarme por entero a pintar cosas que tuvieran una fácil e inmediata salida, para malvenderlas...

PERIO. Comprendo; que no le era posible a usted dedicarse a una obra seria. *(Suena el timbre.)*

LEON. En efecto. Pero ya con las cinco mil pesetas que me dió en calidad de anticipo el padre de la señorita Sagrario, alquilé este piso y...

ESCENA III

Dichos. Padre de la señorita Sagrario.

DONCE. *(Anunciando.)* Señorito: el papá de la señorita Sagrario.

EL PA. ¡Hola, hijo! ¿Qué hay? *(Todos se ponen en pie, respetuosos.)*

LEON. ¡Qué sorpresa!

EL PA. Tú lo has dicho. A eso vengo precisamente: a darte una sorpresa. Pero, por lo que veo, estás muy ocupado... Y te olvidas de que a las diez debemos estar en el Palace...

LEON. No me olvido. Son las nueve y media... *(Presentando.)* El señor, ilustre periodista, que está haciéndome una interviú...

PERIO. Acabando de hacérsela.

LEON. Abel de la Cruz, más que amigo, hermano... Isabel... *(Vacila.)*

LOLA. *(Rápida.)* Hermana.

LEON. Hermana.

EL PA. ¡Bueno, hijo, bueno! Yo quisiera hablar a solas contigo unos minutos... Si estos señores fueran tan amables que me lo consintieran.

LOLA. ¡Ya lo creo!

PERIO. Yo, realmente, nada tengo que hacer aquí. Con estas notas tengo suficientes datos.

ABEL. Bueno, pues vámonos. *(Mutis del Periodista y de Abel por la izquierda. Mutis por la derecha de Isabel, que se queda en la puerta, afanosa de escuchar, procurando ocultarse totalmente en los momentos en que su presencia corre el riesgo de ser descubierta por los interlocutores.)*

EL PA. Bueno, hijo, escucha. Yo, que he vivido mucho, soy comprensivo. Y lo sé todo...

LEON. ¿Qué lo sabe usted todo? ¿Qué es lo que sabe usted?

EL PA. ¡Bah, no te hagas el tonto! Si no vengo a reprenderte; al contrario... vengo, ya te lo dije, a darte una sorpresa... Pero sonriete, hijo; alégrate... Mira, cuando descubrí tu talento, me apresuré a darte el triunfo, a traerte los laureles de la gloria... Ahora te traigo una cosa mejor: la felicidad...

LEON. ¿Qué me dice usted?

EL PA. Escucha. Hace tres años que soy viudo. Mi hija Sagrario, ese ángel de belleza y candores, tenía quince años cuando se quedó sin madre. Y yo he procurado suplir, para los cuidados y desvelos que requiere la felicidad de la criatura, la falta del celo materno. Sagrario ha tenido centenares de pretendientes: es guapa y yo soy millonario... pero no le he permitido nunca tener amoríos; quería yo que se casase bien casada, con un hombre de su gusto...

LEON. ¡Oh, pero...!

EL PA. Calla, hijo, calla... Para mí es una satisfacción inmensa que ese hombre de su gusto sea un artista genial, un hombre de tus méritos... Que seas tú, vamos...

LEON. Es que yo...

EL PA. No me digas nada, hijo. Ya te dije antes que, como he vivido mucho, soy comprensivo... Yo sé que ella también te gusta, aunque hayas procurado ocultarlo, no darlo a entender... ¡Ja! ¡Ja! ¿Es que temías ofenderme? ¡Cómo se conoce que no me conoces bien!

LEON. No sé lo que me pasa. Yo... Yo le diría a usted...

EL PA. Estás verdaderamente emocionado. ¡Es natural! ¡¡Bueno, hijo, bueno!!... ¿Sabes que yo también estoy emocionado? Pero ¡qué! ¿No estás contento?

LEON. Sí, señor... la señorita Sagrario es muy guapa y muy buena. La señorita Sagrario...

EL PA. Nada de señorita ya. Sagrario a secas. Tenéis mi consentimiento para quereros... Anda, que son cerca de las diez. Vámonos al Palace. Abajo tengo el automóvil. En dos minutos nos plantamos allí... ¿Qué te pasa, hombre? ¡Anda!

LEON. *(Decidido.)* ¡Vamos!... *(Hace sonar un timbre y entra la doncella. A la doncella.)* Tráeme el abrigo y el sombrero, y dí a la señorita... *(Pausa.)* No le digas nada a la señorita. *(Pausa.)* Tráeme el abrigo y el sombrero... *(Se queda unos segundos ensimismado.)*

EL PA. Pero ¿qué tienes? Estás demasiado pensativo, demasiado triste. *(Grave.)* ¿Es que no te gusta la señorita Sagrario?

LEON. *(Lloroso.)* Es que yo no me atrevo a decírselo. Pero usted es como mi padre y no debo ocultarle nada. La señorita Sagrario me gusta mucho... ¡mucho! Pero yo vivo con una mujer, y... *(Entra la doncella con el sombrero y el abrigo, de etiqueta, que le ayuda a ponerse.)*

EL PA. ¡Si también lo sé, hijo! Por eso, cuando me dijisteis que erais hermanos, me hice el tonto... Como he vivido mucho, soy comprensivo... Mira, estoy enterado de todo... Vives con una desgraciada. Se la indemniza y en paz. No todos pueden indemnizar a sus amantes... *(Van haciendo mutis por la izquierda. León, como sin voluntad, se deja arrastrar por el padre de la señorita Sagrario.)*

ESCENA IV

Lola (Isabel). Después *Abel de la Cruz.*

(Entra Lola (Isabel) por la derecha, sin poder andar casi, al mismo tiempo que se van los otros, y se deja caer en una butaca.)

LOLA. *(Repitiendo palabras de León.)* La señorita Sagrario me gusta mucho... ¡mucho! Pero yo vivo con una mujer y... *(Rompe a llorar con terrible amargura. Suena el timbre. Lola (Isabel) se serena.)*

ABEL. *(Entrando por la izquierda.)* ¿Qué le pasa a León? Acabo de cruzarme con él por la escalera. Iba llorando como un chiquillo... *(Pausa.)* Y tú también estás llorando. No lo disimules. ¿Qué os pasa?...

LOLA. Nada, Abel... Pero ¿por qué has vuelto?

ABEL. Porque quiero saber qué le pasa a León. Le estaba esperando en la puerta para acompañarle al banquete, y le he visto llorar desconsolado... Dime, Isabel: ¿qué le pasa al pobre León?

LOLA. *(Echándose llorosa en sus brazos.)* ¡Abel, tú que eres como un hermano mayor mío, aconséjame bien!

ABEL. ¿Habéis regañado?

LOLA. No; no hemos regañado.

ABEL. Entonces... Bueno, tranquilízate. Todo se arreglará. Cuéntame. *(Se sienta al lado de ella.)*

LOLA. Es lo que quiero yo con toda la fuerza de mi voluntad: que se arregle todo... que León sea completamente feliz, que no sufra nada, que viva en esta vida como en un paraíso de gloria y de amor... Otra cosa no quiero yo, Abel. Porque le llevo tan dentro de mí, que no siento ya por mí misma, sino por medio de él: y no sufro mi dolor ni gozo mis alegrías, sino que sufro con su dolor y con sus alegrías gozo...

ABEL. ¡Noble cariño! Así debe ser: heroicamente desinteresado...

LOLA. Y así es mi cariño, el que profeso a León, te

lo juro. *(Pausa.)* Oye, Abel: aconséjame con lealtad.

ABEL. Dí.

LOLA. Si yo, que voy acompañando como de la mano a León por la senda de su felicidad; si yo, que le guío como un ángel de la guarda, descubriese en la senda algún obstáculo, ¿qué tendría que hacer?

ABEL. Librarle de él.

LOLA. ¿Y si ese obstáculo fuese yo misma?

ABEL. ¿Qué dices, Isabel? León te quiere con toda su alma.

LOLA. León me quiere con toda su alma... como a una hermana. De otro modo, no me quiere León... porque no puede quererme: soy fea con esta cicatriz horrenda que me desfigura la cara... *(Se quita la venda, que tira al suelo, y le muestra la cicatriz.)*

ABEL. No digas eso. León se ha portado siempre muy bien contigo...

LOLA. Si no lo niego. Pero ha sido... ¡por lástima! Por lástima me tomó cariño; por lástima quiso redimirme, sacándome del prostíbulo; por lástima se sacrificó por mí..., y por lástima será muy capaz de sacrificarse de nuevo, tirando la felicidad que su bienhechor, el papá de la señorita Sagrario, le pone en las manos... Y eso es lo que yo no puedo, lo que no debo consentir...

ABEL. *(Con extrañeza.)* Pero ¿qué es lo que dices? ¿A qué te refieres? Yo no sé nada.

LOLA. Desde ese cuarto lo he oído todo. El bienhechor de León quiere casarle con su hija única, y León, luchando con la gratitud que siente por su protector y con el cariño misericordioso que me profesa a mí, duda, vacila, sufre, llora... Pero yo no quiero que tire esa dicha. Yo no quiero ser un estorbo...

ABEL. ¿Y qué piensas hacer?

LOLA. Abandonar ahora mismo esta casa; huír de

León, esconderme de él... dejarle el camino de su felicidad libre de obstáculos...

ABEL. ¡Oh! Desecha esa idea. Le darías un disgusto tremendo.

LOLA. Es verdad. Le daría un disgusto muy grande... Y yo no quiero que él sufra nada, nada... ¿Qué haría yo, Abel? *(Suplicante.)* ¡¡Aconséjame!!

ABEL. ¿Qué quieres que te aconseje? Creo que te inquietas demasiado. León, por no abandonarte, no se casará con Sagrario...

LOLA. Pues ése es el temor que a mí me destroza el alma; ése es el miedo que a mí me araña en el corazón. ¡¡¡Yo quiero que se case para que sea feliz!!! ¡¡¡Se aman!!! ¡¡¡Se aman los dos!!! *(Riendo, iluminada como por el resplandor de una gran alegría íntima.)* ¡Ah! ¡¡Qué idea!! *(Arrodillándose y abrazándose a las rodillas de Abel de la Cruz.)* ¡¡Abel, júrame que me ayudarás!!

ABEL. Vamos, mujer, levántate...

LOLA. ¡¡Por la felicidad de León!!... ¡¡Júrame que me ayudarás!!

ABEL. ¿Qué quieres?

LOLA. *(Levantándose.)* Quiero hacer creer a León que su compañía me aburre, que mi amor era fingido, que soy... una mujer perversa; que no merezco su cariño, ni su lástima, ni la más pequeña de sus preocupaciones, ni la más insignificante de sus inquietudes. Para que no sufra nada...

ABEL. Eso es imposible...

LOLA. No es imposible, no... Le escribiré una carta, insultándole, y diciéndole que me voy con el Niño de Vélez...

ABEL. ¡Oh! Pero yo no puedo...

LOLA. *(Jubilosa.)* Sí, con el Niño de Vélez... Y tú le dirás a León: "Olvídala. Todas las mujeres de esa clase son lo mismo. ¡Bah!" Y él me olvidará... Y yo seré feliz con mi dolor... Y cuando la desgracia me pese demasiado y no pueda lie-

varla, iré a verte, y tú me hablarás de León ya dichoso...

ABEL. No puedo, no debo...

LOLA. *(Decidida, y arrodillándose.)* Si no me ayudas, me mataré. Te lo juro...

ABEL. Haz lo que sea. *(Pausa.)* Ya es muy tarde: yo no puedo faltar al homenaje de León.

LOLA. Vete.

ABEL. Adiós. *(Mutis de Abel de la Cruz.)*

ESCENA V

Lola (Isabel).

(Al quedarse sola, hace sonar un timbre, con trémula nerviosidad. Entra la Doncella. A la Doncella.)

LOLA. Puedes acostarte. Yo esperaré al señorito y... abriré la puerta cuando llegue... *(Mutis de la Doncella. Isabel, visiblemente emocionada, pasea dolientes miradas de despedida sobre todos los muebles y objetos, alrededor de la estancia. Se sienta y rompe a llorar con angustia. Bruscamente se yergue, haciéndose fuerte, y sin sentarse, se inclina sobre una pequeña mesa-escritorio que habrá, y escribe en un papel, que luego abandona, unas breves palabras, con celeridad nerviosísima y angustiosa. Después, besa con pasión y lágrimas un retrato de León. Mira hacia la puerta de salida. No se decide a marcharse: le flaquea la voluntad; le tiemblan las piernas y el alma. Como para respirar, porque se ahoga, abre atolondradamente el mirador y vuelve a oirse la música del organillo verbenero. Por fin, hace un supremo esfuerzo heroico y abandona la casa sigilosamente, cayéndose a cada paso que da, oprimiéndose el pecho, agarrándose a las paredes. Al hacer mutis.)* ¡Verbena! ¡Verbena! ¡¡Cómo se divierte la gente!!

TELÓN

ACTO QUINTO

TITULO: EL AGUAFUERTE DEL COLLAR DE ROSAS

Sala de burdel sórdido. Mesa redonda, cubierta con hule. Sillas malas. Al fondo, una cómoda, y en la pared, un gran cromo de la Virgen del Carmen. Sobre la cómoda, debajo de la estampa, una lamparilla de aceite. A la derecha, una gran cortina roja, semicorrida a la entrada de un dormitorio, que se ve desde el público. A la izquierda, puerta practicable a un pasillo. Al levantarse el telón se encuentran en escena el Ama y tres pupilas más, todas —menos el Ama—vestidas con chambra roja. Están sentadas alrededor de la mesa. Una de ellas lee una novela voluminosa. El señor Paco se está afeitando dentro del dormitorio de la cortina roja.

ESCENA I

Ama (tuerta). *Tres pupilas* (una de ellas lectora). El *señor Paco*. Después *Antonia*.

LECTO. *(Leyendo.)* "El vizconde, gallardo, se hincó de hinojos ante la bella campesina, cuya amplia y abundante cabellera estaba formada con dorados rayos de sol, y cuyos dos ojos tenían fulgores de estrellas.—El amor, señora mía—exclamó el aristocrático galán—, es un ángel que desciende del cielo para alojarse en los humanos corazones, convirtiéndolos en trono de su realeza celeste. El amor..."

PACO. *(Entrando en la sala desde el dormitorio de la cortina roja, que descorre totalmente.)* Me voy a la calle.

EL AMA. ¿Te has afeitado ya?

PACO. Sí... *(Pausa.)* Oye, dame unos céntimos, que no llevo un real.

EL AMA. Espérate que suba la Antonia con la vuelta. Bajó por unos churros. No puede tardar. *(A la lectora.)* Anda tú, sigue... *(El señor Paco se sienta a la mesa, toma en silencio los naipes*

que hobrá, dispersos, y se entretiene tirando solitarios.)

LECTO. *(Leyendo.)* "Pero no pudo continuar. Porque el pastor, fornido, que estaba oculto detrás de la Peña de la Muerte, lanzó un fiero rugido de indignación, y arrojóse como un tigre sobre el vizconde. El aristócrata trató de gritar, intentó pedir auxilio, socorro, pero no pudo... —¡Ay!—dijo solamente, al desplomarse—. Y el pastor robusto, enrojecido por la ira..."

LA ANT. *(Entrando por la izquierda.)* Los churros...

EL AMA. ¡Qué oportunidá!

LA ANT. Tenga usté la vuelta.

EL AMA. ¡Cállate, mujer! Deja que acabe el capítulo... *(Se sienta la Antonia. A la Lectora.)* Anda, sigue...

LECTO. *(Leyendo.)* "Y el pastor robusto, enrojecido por la ira..."

PACO. *(A la Antonia.)* Trae p'acá la vuelta.

EL AMA. *(Furiosa por la nueva interrupción. A la Antonia.)* ¡Dásela! *(Al señor Paco.)* ¡Anda, vete y déjanos en paz!

PACO. *(Yéndose.)* Adiós. *(Mutis.)*

LECTO. *(Leyendo.)* "Y el pastor robusto, enrojecido por la ira..."

EL AMA. *(Interrumpiendo, con impaciencia.)* Eso ya está...

LECTO. *(En voz baja, como leyendo para sí.)* "Y el pastor robusto, enrojecido por la ira... *(En voz alta ya.)* disparó al adversario agónico las centellas de un odio profundo, y exclamó:—¡He matado al ladrón de mi honra! ¡He matado al ladrón de mi honra!" *(Cierra el libro y lo deja sobre la mesa.)*

EL AMA. ¡Qué novela más bonita! Esta me gusta más que "María o La hija del jornalero"... *(A la Antonia.)* Acerca el aguardiente, tú...

PUP. 1.ª Yo, lo del vizconde lo veía ya venir.

EL AMA. Andad; comed los churros... *(Aporrean la puerta.)*

LA ANT. Va. *(Sale a abrir.)*

EL AMA. *(Suspirando.)* Gracias a Dios que viene alguien. ¡Alante quien sea!...

ESCENA II

Dichos, menos el *señor Paco. Lola (Isabel).*

LOLA. *(Entrando.)* Es una servidora...

EL AMA. *(Contrariada.)* ¡Pues sí! Mujeres me sobran, hija... *(Pausa rápida.)* ¿Qué tienes en la cara?

LOLA. Perdóneme, no vengo... a lo que usted [illegible] Vengo a otra cosa.

EL AMA. Usted dirá.

LOLA. ¿Vive aquí Abel de la Cruz?

LECTO. *(Poniéndose de pie.)* ¿Le importa a usted mucho?

EL AMA. *(A la Lectora.)* Calla, mujer, que preguntar no es pecao. *(A Isabel.)* Aquí no vive más hombre que el mío...

LOLA. ¿No es éste el número cuatro de la calle de Ceres?

EL AMA. ¡Claro que sí! Pero Abel de la Cruz vive en las nubes. Aquí duerme no más, porque yo se lo consiento. Me da lástima el chico. Usted, señora, no me conoce; pero yo tengo un corazón que no me lo merezco...

LECTO. *(A Isabel.)* Bueno, ¿pa qué le quiere usted? ¡Si se pué saber, vamos!

LOLA. Sí que puede saberse.

EL AMA. *(A Isabel.)* Usté disimule. Es que ésta es su novia. ¡Yo que lo consiento!

LECTO. Y yo que le quiero. Paece mi vida. Si me falta, ni respiro...

LOLA. Deseo verle, porque es mi hermano mayor y quiero que me aconseje. He dejado mi casa y he tirado mi vida fuera de mí, y estoy que me caigo de tanto como me pesan mis pesares... *(La pupila lectora se sienta.)* No sé adónde ir ni qué hacer. Tengo ganas de estar tumbada y de poder llorar a gusto; de poder soltar por los

ojos toda la sangre de mi corazón derretido...

EL AMA. Pues Abel de la Cruz no está. Espérale si quieres.

LOLA. No puedo estar de pie ni sentada. Estoy enferma. Déjeme usted que me acueste en cualquier cama. Le pagaré lo que sea. Mire: traigo dinero...

EL AMA. Bueno; pues échate ahí en ese cuarto de la cortina roja...

LOLA. *(Dirigiéndose al dormitorio.)* Gracias. Cuando venga Abel que me llamen.

EL AMA. Un duro te cuesta por toda la noche.

LOLA. Téngalo. *(Saca un duro del portamonedas y se lo entrega al Ama. Después penetra en el dormitorio de la cortina roja, se tumba sobre el lecho de bruces, y se tapa la cabeza con la almohada. El Ama suena el duro contra la cómoda y vuelve a sentarse.)*

EL AMA. *(A la Antonia.)* Lo mejor que puedes hacer tú, Antonia, es salir con dos de éstas a dar una vueltecita...

LA ANT. Están los agentes de vigilancia que paecen galgos. A la Rosa se la llevaban antes a la comisaría, y a cuatro más... El peor de todos es el Bizco. ¡Qué Bizco ése! A mí me tiene ganas no sé por qué.

EL AMA. ¿Y qué quieres que yo le haga? No viene nadie... *(Soliloqueando.)* La verdá es que si no fuera por esa Virgen del Carmen que me ayuda, yo no sé lo que pasaría aquí... ¡Todo está muy mal! ¡No hay oficio que dé na!... *(Pausa. A la Antonia, con muy mal humor.)* Pero ¿qué? ¿No os movéis? ¡Hala! ¡A la calle! ¡Pues si!... *(Mutis de la Antonia y de dos pupilas.)*

ESCENA III

El Ama, Lectora. En el dormitorio, *Isabel.*

EL AMA. Me paece a mí que la Antonia ésa tié la negra... Desde ayer tarde que vino, no se ha ga-

nao un chavo en esta casa. *(Sirviendo aguardiente.)* Anda, toma; sopla... ¡Uf, qué fuerte! Cal viva. Quema...

LECTO. Sí que es verdá... *(Pausa.)*

EL AMA. Te lo digo yo, que la Antonia ésa tié la negra. Ya ves, y no la echo...

LECTO. Porque tié usté un corazón que se le sale.

EL AMA. Tú sí que dices verdá. *(Pausa. Sirviendo más aguardiente.)* Anda, toma; sopla... ¡Jesús, qué perra vida! *(Pausa.)* Mira, lo meior que podemos hacer es ponerle otra lamparilla a la Virgen del Carmen. Anda, mujer, enciéndesela... *(La Lectora obedece. El Ama se pone a bostezar.)* ¡¡¡Ahahah!!!... *(Golpean bárbaramente la puerta.)* Ya va... *(Va a abrir, tambaleándose ebria.)* ¡Con la cabeza!

ESCENA IV

Dichos, Abel de la Cruz y *León.*

LEON. *(Borracho. A gritos.)* ¡Homero! ¡Velázquez! ¡Beethoven! ¡Cervantes! ¡Victor Hugo! No sois nada, nada, nada. Vuestra gloria es breve, es insignificante como un pitillo que la Eternidad se fuma... *(Isabel, al oír la voz de León, se sobresalta en el lecho.)*

EL AMA. Es Abel de la Cruz que nos trae un borracho. ¡Sí que se arregla la nochecita!...

LECTO. *(Abrazándose al cuello de Abel de la Cruz.)* ¡Abel!

LEON. Borracho de estupidez, porque todo el que sufre es un estúpido. y yo me he emborrachado de dolor... *(Pausa.)* Bueno, tú creerás que soy un ente vulgar, ¿no?

EL AMA. Yo no creo nada. Déjame en paz...

ABEL. *(Borracho. Al Ama.)* Trátale con consideración. Cuando yo te lo traigo...

LEON. *(Mostrándole billetes de Banco.)* Tengo dinero... y todo: juventud, gloria, mujeres... *(El Ama sonríe.)*

EL AMA. Pero siéntate, haz el favor.

ABEL. *(También borracho. A su novia, empujándola.)* Déjame.

LEON. *(Exaltado.)* Y no queremos tener nada.

ABEL. Somos magníficos, como dioses, que hacen mundos y los tiran...

LEON. Yo soy el mejor pintor del mundo entero. ¿Y qué? Pues nada. ¡¡No pasa nada!!

ABEL. ¡¡¡Nunca pasa nada!!! La bola terráquea, que rueda, que rueda. ¡Ya se cansará!... *(La Lectora obliga a Abel, con mimos, a sentarse a su lado.)*

EL AMA. *(A León.)* ¡Anda, hombre, siéntate!

LEON. *(Sentándose.)* ¿Sabes de dónde venimos?

EL AMA. ¿De dónde?

LEON. De un banquete. Un homenaje que me han hecho. ¡A mí! ¿Eh? ¡A mí! ¿Qué creéis? Sólo que al regresar a casa con éste *(Por Abel de la Cruz.)*, un poco alegres, es la verdad, me encontré una carta cuyas letras son uñas que me arañan los ojos. ¡De mi mujer! Lo mismo que si lo fuera, vamos... Y éste *(Por Abel de la Cruz.)* me dijo: "Lo mejor que puedes hacer es olvidarla. Vámonos de juerga." Y de juerga estamos... *(Pausa.)* ¡Qué cosa más aburrida es una juerga! Qué *(Al Ama.)*, ¿no tienes mujeres?

EL AMA. Han salido; no tardarán en volver...

LEON. Me desprecia una... golfa.

EL AMA. Pues bien que eres guapo.

ABEL. *(A León.)* No te acuerdes de esa mujer. Te he traído aquí para que la olvides.

LEON. Es que no puedo... *(Pausa. Saca la carta que escribió Isabel al abandonar su casa.)* ¡Esta carta! *(Leyendo en voz alta.)* "León, me aburro a tu lado. Me voy con el Niño de Vélez. No me busques.—*Isabel.*" *(Isabel se incorpora sobre el lecho y enloquece de inquietud. Mira a todas partes, como queriendo huir de sí misma. Llora.)* ¡¡No puede ser!! ¡¡Es que no puede ser!!

EL AMA. ¿El Niño de Vélez? Lo mató la policía.

LEON. ¡¡Como que no puede ser!! ¡¡Dios, me quema la duda más que el alcohol que llevo dentro!! *(Apoya, como tronchado por la angustia, la cabeza desgreñada sobre las rodillas, y permanece en esta actitud largo rato.)*

LECTO. *(A Abel de la Cruz.)* Oye, Abel: dime cosas de esas que tú sabes tan bonitas...

ABEL. *(A León. Sin oír a la Lectora.)* ¡León! Oye, León...

LEON. *(Levantando la cabeza.)* ¿Qué?

ABEL. *(Angustioso, vacilante, noble.)* Yo... francamente, chico...

LEON. *(Rotundo.)* ¡No me digas nada! ¡Nada me importa nada!... Dadme vino, o aguardiente. Lo que tengáis...

EL AMA. *(Levantándose para servir aguardiente.)* Es un poco fuerte...

LEON. Y mujeres. Quiero una mujer. *(Mirando a la Lectora.)* ¿No hay más que ésta? ¡¡Vámonos a otro sitio!!

EL AMA. Espera, hombre, espera. Ya te he dicho que tengo más. No tardarán en subir dos que son muy bonitas. *(Sirve el aguardiente el Ama, a Abel en vaso por no haber bastantes copitas. León vuelve a apoyar la cabeza sobre las rodillas.)*

LECTO. *(A Abel.)* Anda, Abel, dime cosas dulces...

ABEL. *(Arrodillándose y levantando el vaso del aguardiente como un cáliz. Con titubeos de borracho sentimental.)* Mi vida, todo yo, mujer, todo yo, Matilde, soy como un vaso, tan lleno de flores para ti, que rezuma perfumes.

LECTO. ¡Huy, qué bonito!

ABEL. Aspírame, hasta que me gastes; huéleme, hasta que me seques .. Gústame... ¡Muérdeme la rosa magnífica del corazón! ¡Toma los claveles encendidos, los radiantes claveles de mis afanes, y hazte un ramo, y préndetelo en el pecho...! *(Golpean la puerta. Abre el Ama.)*

VIEJA. *(Entrando.)* La Antonia, que manda decir que el Bizco les ha cogido a ella y a las otras dos,

y que las ha llevao a la Comisaría. De modo que no las espere usté.

EL AMA. *(Indignada.)* ¡Maldito Bizco! ¡Te ha de morder un perro con la rabia!

LEON. *(Levantando la cabeza.)* Bueno, qué, ¿y esas mujeres, suben?

EL AMA. ¿No oyes lo que dice ésta? ¡El Bizco se las ha llevao a la Comisaría! ¡Si tié la negra esa Antonia!

VIEJA. *(Al Ama.)* ¿Quiere usted algo?

EL AMA. No quiero na... *(Mutis de la Vieja.)*

LEON. Vámonos a otra casa...

LECTO. Vete tú, si quieres. Este no se va... *(Por Abel de la Cruz, al que se abraza.)*

ABEL. Es que no puedo dejarle solo, preciosa. Es como un hermano mío y tiene muchas penas.

LECTO. Ahora que hablas de hermanos...

EL AMA. ¡Ah! Sí. Díselo...

LECTO. Ahí, en ese cuarto, tiés también a una hermana que te espera...

LOLA. *(En la alcoba roja.)* ¡Oh! ¡Me va a descubrir...! ¡No! ¡No! *(Lola (Isabel), incorporada sobre el lecho, descubre en la mesilla la navaja de afeitar del señor Paco y la contempla con muda y terrible fijeza.)*

ABEL. ¿Eh? Yo no tengo hermanas...

LECTO. Tié una cicatriz en la cara... *(Con malicia.)* ¿Es de nacimiento?

LEON. ¡Oh! ¿Dónde está?

LECTO. *(A León.)* Espera, que la llame yo. ¡Cicatriz! *(Lola (Isabel) se siega el cuello con la navaja y lanza un espantoso grito. En la agonía se envuelve en la colcha. La Lectora, que entra en el cuarto rojo, seguida de León, sale corriendo y lanzando agudos gritos de terror.)*

LECTO. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! *(Va a caer de rodillas frente a la cómoda y levanta las manos implorante hacia el cromo de la Virgen del Carmen.)* ¡Virgen del Carmen! *(Llora a gritos.)*

LEON. *(Desde el cuarto rojo.)* ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Isa-

bel! *(El Ama y Abel de la Cruz miran hacia dentro, lelos, idiotizados por la intensidad trágica del momento.)*

LEON. *(Abrazando a Lola (Isabel) con furia de loco.)* ¡¡¡Isabel!!!

EL AMA. ¡Se ha degollao! ¡Se ha degollao! *(Llora y tira la luz de terror. La sala queda completamente a oscuras.)*

ABEL. *(Iluminado.)* ¡Silencio! ¡Mirad! ¡Mirad! ¡¡Yo veo un collar de rosas en su cuello!! ¡¡Santa!! ¡¡Santa!! ¡¡Santísima!!

TELÓN

NOTAS FINALES

El autor de "Santa Isabel de Ceres" quiere hacer constar que su obra se estrenó antes que en Madrid en el teatro Cervantes, de Sevilla. Interpretaron los principales papeles, en dicha capital, la notable actriz Conchita Robles y los excelentes actores Alfonso Tudela, que hizo genialmente, de un modo insuperable, el "Abel de la Cruz", y José María Monteagudo, que dió recia vida al "León".

También mencionaría con gusto a los restantes intérpretes; pero no le es posible hacerlo, por carecer de los programas en que figura el reparto.

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Pebrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las cenas de don Juan*, por J. J. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extrao..), por J. Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El arsid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de tilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Gitana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por S. Rusiñol y G. M. Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. A. Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra*, por Luis F. Ardavín.
47 *La intrusa*, por Maurice Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.

50 *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51 *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada*, por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55 *La Raza*, por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres*, por Jacinto Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos*, por Jacinto Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien*, por Jacinto Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61 *El azar*, por Federico Oliver.
62 *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69 *El último mono*, por Carlos Arniches.
70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71 *La condesa María*, por Ignacio Luca de Tena.
72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.
74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76 *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77 *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78 *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79 *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80 *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81 *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82 *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro García Marín.
83 *La mala ley* y *Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas.
84 *La hija de la Dolores*, por Luis F. Ardavín.
85 *María Fernández*, por P. M. Seca y P. P. Fernández.
86 *Todo tu amor* o *Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87 *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
88 *La mujer que necesito*, por Enrique Thuillier y S. López de la Hera.
89 *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90 *La cantaora del Puerto*, por L. F. Ardavín.
91 *Fuensanta la del cortijo*, por Rusiñol y G. M. Sierra.
92 *Anita la Risueña*, por Enrique de Alvear.
93 *La neña*, por S. y J. Alvarez Quintero.
94 *El día menos pensado*, por Federico Oliver.
95 *Bartolo tiene una flauta*, por Antonio Estremera.
96 *Santa Isabel de Ceres*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
97 *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.